# *RETAZOS Y ANÉCDOTAS DE MI VIDA…*

## *I ENTREGA*

**OCTUBRE 2011**

***JOSE LUIS CHAMORRO MARIN***

*“RETAZOS Y ANÉCDOTAS DE MI VIDA”*
JOSÉ LUIS CHAMORRO MARÍN
I ENTREGA
EDICIÓN PRIVADA DEL AUTOR
EDITORES: NADIA BOTOVCHENCO DE CHAMORRO
EDGAR JOSÉ CHAMORRO MARÍN

FOTO PORTADA: EJCHM, LAS PEÑITAS 2011
SAN SALVADOR, EL SALVADOR
OCTUBRE DE 2011

# Índice


| | | | |
|---|---|---|---|
| *Presentación* | | | *04* |
| *I.* | *Introducción* | | *06* |
| *II.* | *Los inicios* | *07* | |
| *III.* | *Primeras letras* | *10* | |
| *IV.* | *Mateare* | *10* | |
| *V.* | *Tiempo de colegio* | | *15* |
| *VI.* | *Nuevamente en Nicaragua* | *19* | |
| *VII.* | *Tegucigalpa* | | *26* |
| *VIII.* | *Instituto Pedagógico La Salle* | *28* | |
| *IX.* | *El Zamorano* | | *30* |
| *Un personaje inolvidable* | | | *50* |
| *El Final* | | *51* | |

# *Presentación*

***S***iempre hay algo de autobiográfico en un escrito, sea un cuento, una novela o un poema, pero muy pocos tienen el valor y la disciplina de escribir memorias propias, de desnudarse ante los demás, de intentar comunicarse, a través del vidrio de una vida vivida, con sus seres más queridos.

José Luis ha sido no sólo el hermano mayor, sino un verdadero guía, un pionero que abrió camino para los que veníamos atrás, ese es su primer gran mérito. Otros méritos los fue cosechando a través de una vida limpia, clara, franca y de tesonero esfuerzo. Mucho de lo que ahora somos sus hermanos se lo debemos a él. De sus hijos, ni hablar, José Luis asemeja una gran ave con sus alas abiertas capaces de cobijarlos a todos... Y debemos siempre de sentirnos orgullosos de estar cerca de esta extraordinaria persona, que con sus enormes virtudes siempre ha estado atento cuidando nuestro andar en la vida.

Hoy nos presenta estos primeros recuerdos, relacionados inicialmente con su niñez en Managua, Mateare y Tegucigalpa. Evoca la familia y nos obliga a reencontrarnos con ella, con esa querida familia que permanece con nosotros en tiempos de siembra y de cosecha.

La familia para José Luis tiene el lugar correcto: es el eje, el centro de nuestras vidas. La sociedad entera se desintegraría en espacios vacíos sin identidad alguna al perder la familia ese papel central.

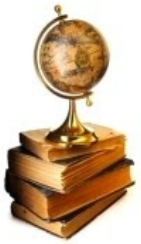
Después nos lleva a vivir sus experiencias en la Escuela Agrícola del Zamorano, para lo cual debemos tener clara una situación: estamos hablando de un joven de poco más de 16 años, casi un niño, ingresando a un centro de excelencia profesional con fuerte disciplina, casi militar, en donde día a día tuvo que irse acoplando a situaciones académicas que requirieron todo su esfuerzo y a episodios de hombría que forjaron aun más su carácter.

En un próximo volumen nos conducirá a otros pasajes de su vida. Deberá contarnos otras anécdotas. Deberá mostrarnos otros lugares donde ha vivido y ciudades que lo vieron desarrollarse, como León, en donde se casó y vive aún. Si alguien conoce León, es él.

Y para finalizar deseo expresar mi satisfacción, el alto honor que me concedió José Luis al solicitarme prologar este primer volumen de “Retazos y anécdotas de mi vida”.

Aguardemos desde ya la siguiente entrega.

***Edgar José Chamorro Marín***



# I. Introducción

*“Dios me ha dado cosas de gran valor,*
*siendo mi familia lo mejor”*

***E****ste relato no se hizo para dar algun testimonio, ni dar a conocer la vida de personaje alguno. No soy más que un ser humano común, con más defectos que cualidades, con pocos éxitos y muchos fracasos. Aqui se trata de presentar reseñas de algunos pasajes de mi vida, en forma de anécdotas, que han servido para para formar mis actitudes ante el diario vivir. Es especialmente un escrito para conocimiento de mis hijos y nietos.*

*Dios me ha dado muchas cosas de gran valor, siendo mi familia lo mejor. Sí, mis padres, esposa, hijos, nietos y hermanos puedo decir que han superado con creces el amor que por ellos he sentido. Siempre en mi entorno tuve mucho más amor y respeto que el que realmente he merecido. Doy gracias a todos. Gracias doy también a mis hijos, hija e hijas políticas por la calidad humana y belleza integral de mis nietos y nietas, así como por la relación de amistad, respeto y amor que siempre hemos cultivado entre nosotros.*

*Quise referirme en esta reseña a mi familia y amigos. Mi vida con ellos constituye lo mejor de mi vida y eso lo guardo muy adentro de mi corazón.*

*Solo me resta darle gracias a Dios nuestro Señor. Con él he mantenido una relación y amistad muy franca y abierta. Él me ha ayudado y cuidado lo necesario para hacerme sentir que soy de los buenos.*

***José Luis***

## *II. Los inicios*

***C***omienzo con mi nombre: José Luis. El José nunca supe de donde salió. En mi familia solo mi abuelo materno llevaba ese nombre: José Antonio, pero no es por él que lo llevo yo. Papapón, como le llamabamos sus nietos, fue un personaje inolvidable para todos nosotros. Muy inteligente, fue matemático, poeta, historiador y conocedor a una profundidad sin igual de cualquier tema que se le presentaba. Poseía una capacidad increíble para contar chistes y narrar anécdotas. A los cincüenta años, debido a una mala operación, quedó completamente ciego, pero él se las ingeniaba para llevar una vida casi normal. Mi abuela Elia María (*la Señorita*), así la llamabamos porque era rectecita en el aplomo de su cuerpo, poseía un carácter muy fuerte pero le disculpaba a Papapón todos sus comportamientos, encontrando siempre una razón. Por otra parte, mi mamá nunca fue devota de San José, ni

siquiera era de sus santos preferidos. He investigado un poco y aún hoy no se por qué mi primer nombre es José.

Mi segundo nombre es el mismo que llevaba mi padre: *Luis*. A mí me gusta la combinación de ambos: *José Luis*, sobretodo el Luis, nombre que llevaba mi papá, un hombre excepcional del cual recibimos un precioso legado: su gran capacidad de trabajo, su hombría de bien, el gran amor a su familia, su capacidad para resolver situaciones difíciles y, en mi caso, la pasión por el amor a los caballos.

Mis apellidos: *Chamorro Marin*, siempre los consideré como muy especiales. Tengo características físicas e intelectuales de ambas raíces genéticas. De los Chamorro Eva la fuerza de mi carácter, la capacidad para enfrentar la vida y solucionar cualquier problema difícil, el gran amor a familia y otras cualidades propias de ellos. De los Marín Arcia la inteligencia, simpatia y facilidad de palabra, así como la lógica con que he manejado mi vida. Siento mucho orgullo de llevar la misma sangre y genes de personas de mucha capacidad intelectual y de excelentes profesionales y personas de grandes valores.

Siempre he contado con mucho amor en mi entorno. Las hermanas de mi papá, sobre todo la tía Eva fue como una segunda madre para mí. Siempre conté con ella y yo era motivo de su orgullo. Cuando murió se llevó una parte de mi corazón. Mi tia Albita fue una dama muy linda y muy dulce. Me encantaba leer sus cartas, eran misivas llenas de amor en forma poética y ceremoniosa. Hasta que hojée sus álbumes de recuerdos supe lo importante que eran para ella cada uno de los miembros de su familia. Hasta mi tía Carmencita, que solo vivía para su hijo Edgar Espinoza, me tenía un gran cariño. Otras personas como los tíos Guillermo y Amalia Pfaeffle ayudaron mucho en mi formación, dándome respaldo y seguridad. Con mi tio Chale y mi tia Gloria hemos sido muy unidos. Con Chale, además del respeto y cariño que le tengo, lo considero un amigo entrañable.

Mi madre fue una gran mujer, Graciela Marin (Chelita así la llamaban todos). Le guardo el más profundo amor que un hijo puede sentir por su madre. Ella vivió y trabajó para que sus hijos fuéramos personas honorables y profesionales de éxito. ¡Gracias, Mamá! nunca podremos corresponder a todo que de ti hemos recibido.

Nací en una casa de la antigua avenida Bolívar, Managua.

AVENIDA BOLÍVAR, MANAGUA, DÉCADA DE 1950

En el entorno quedaba el barrio San Antonio, uno de los más viejos y bonitos de la antiguo centro de Managua. La orden religiosa de los Franciscanos tenía la bella iglesia San Antonio, en dónde fui bautizado, siendo mis padrinos mis tíos Alejandro y Anita Chamorro, hermanos de mi padre. Todo el barrio San Antonio fue destruido por el último terremoto de Managua, en 1972[1], incluyendo la iglesia.

[1] (N.E) El terremoto de Managua de 1972 fue un sismo de magnitud 6.2 grados en la escala sismológica de Richter que destruyó la capital de Nicaragua, a las 12:35 de la mañana (06:35 UTC) del sábado 23 de diciembre de 1972 (en vísperas de la Navidad), con una duración de 30 segundos, seguido por dos réplicas de 5.0 y 5.2 grados a la 1:18 am y 1:20 am (07:18 y 07:20 UTC), respectivamente, casi una hora después del primer temblor, con epicentro dentro del Lago Xolotlán 2 kilómetros al noreste de la Planta Eléctrica Managua en la falla de Tiscapa.[1]Destruyó el centro de la ciudad y causó cerca de 19,320 muertos y 20,000 heridos, aunque no se sabe el número exacto de fallecidos debido a que hubo cadáveres que nunca fueron sacados de los escombros por los rescatistas nacionales y extranjeros y que al descomponerse causaron un fuerte hedor durante casi 5 meses hasta la llegada de la estación lluviosa en mayo de 1973. Los incendios causados por el desastre se prolongaron durante las dos semanas siguientes hasta el 6 de enero de 1973, debido al quiebre de la tubería de agua potable y al desplome de los 2 cuarteles del Benemérito Cuerpo de Bomberos de Managua, situados en el barrio Candelaria y frente al Estadio Nacional, se derrumbaron aplastando a las unidades. Esto obligó a los cuerpos de bomberos de los departamentos de Carazo, Granada, León, Matagalpa y Masaya a ir a Managua para apagar el fuego; la energía eléctrica se fue en casi todo el país debido a que estaba centralizada en la capital en esa época. La destrucción fue comparada con la de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, Japón, después del estallido de las bombas atómicas, el 6 y el 9 de agosto de 1945, respectivamente, al final de la Segunda Guerra Mundial. (Tomado de Wikipedia)

**IGLESIA DE SAN ANTONIO, MANAGUA, ANTES DEL** TERREMOTO **DE 1972**

Después de vivir en la avenida Bolívar mis padres se trasladaron a vivir con mi abuela paterna, Esther Eva de Chamorro, a dos cuadras del parque central, Barrio San Sebastián. Mi abuela Esther era alta, delgada y con unos bellos ojos azules donde se reflejaba la entereza de su caracter y la bondad que imprimiría en todos sus actos. A pesar que mi abuela murió cuando yo tenía apenas cuatro años, dejó en mí una conexión muy fuerte con ella y yo siento por ella mucho amor. Estoy seguro que siempre desde donde esté ha velado por mí. El padre de mi abuela, general Alejandro Eva (Alexander Evans, en realidad), defendió el ala derecha en la famosa batalla de San Jacinto y es uno de los heróes de esa renombrada batalla. Me siento muy orgulloso de mi bisabuelo.

A mi abuelo Abelino Chamorro no lo conocí. Lo asaltaron y robaron cuando regresaba de Costa Rica donde había vendido un ganado. Como se defendió, lo mataron. Mi padre tenía 6 años.

## *III. Primeras letras*

En la casa de mi abuela vivimos hasta que cumpli 6 años. Allí crecí hasta donde un niño puede crecer a esa edad, aunque en mi caso crecí un poco menos. Según algunos biógrafos de mi familia, aprendí a hablar correctamente a una tierna edad y lo podía hacer de corrido. Uno de mis primos hermanos, un año mayor que yo, solo se reía, no hablaba y emitía sonidos que nadie entendía. La familia decidió que yo podía enseñarle a hablar. ¡Estaban en lo correcto! Al poco tiempo este personaje hablaba fluidamente el castellano, hasta las malas palabras. A mí nunca nadie me dio las gracias, a pesar de que esto constituye uno de mis mayores logros, avalado por las mismas enseñanzas de Cristo, quien dijo que hay que enseñar al que no sabe.

Al poco tiempo me enviaron por primera vez a la escuela de las "Osoritos", muy querida y recordada por los managuas de entonces, pero en ese momento de ninguna importancia para mí. La adaptación a la escuela fue normal para un niño de mi edad. Después de tres días de llantos, pataleos y mordiscos al que se me acercaba, dí mi consentimiento para aceptar el inicio de mi preparación intelectual. El único recuerdo de ese aprendizaje que tengo es que la maestra nos ponía a dormir y nos pedía que roncáramos. ¡Así lo hacíamos! Yo rapidamente fui sobresaliendo en estos importantes ejercicios, roncaba como ninguno y los ruídos emitidos por mí eran muy festejados por mis compañeros. Lo único que me molestaba era que me pedían dormir sin que yo tuviese sueño y la maestra, ella sí.

## *IV. Mateare*

En esos días, mi padre compró una hacienda para criar ganado en el entorno de un pueblecito llamado *Mateare*, a cinco leguas de

Managua, vecino al lago[2]. Como teníamos que habilitarla, nos trasladamos a vivir en este lindo e inolvidable lugar. En Mateare continué con mi educación con la profesora Doña Emelina. Aprendi a leer, escribir, sumar y me sabía las tablas de multiplicar en forma perfecta. Aqui era diferente de la otra escuela. Al que se dormía Doña Emelina lo despertaba con un reglazo. Para mí, fue una época de gran

[2] **(N.E) Fragmentos sobre Mateare, tomado de La Prensa. ORLANDO VALENZUELA, Redactor Viajero orlando.valenzuela@laprensa.com.ni** Mateare es un pequeño y tranquilo pueblo ubicado a 25 kilómetros al occidente de nuestra capital, Managua. Fundado en1898 y con una población de 32 mil habitantes, el municipio de Mateare es una de las zonas más ricas de la cuenca del lago y del departamento de Managua, ya que posee extensas áreas para cultivo de sorgo, maíz, guineo cuadrado, yuca, frijoles y tierras para la crianza de ganado vacuno. Además, cuenta con una creciente zona industrial ubicada a lo largo de la carretera hacia Managua, entre las que sobresalen empresas agroindustriales, electromecánicas, de construcción, servicios y la nueva Zona Franca Saratoga que absorbe una buena cantidad de mano de obra de sectores cercanos. Según una versión muy conocida, se dice que el nombre de este pueblo se debe a que en este lugar vivía una tribu indígena que tenía como jefe a un cacique llamado Mat-Rit-Matarot y que con el tiempo se transformó en Mateare. Otra versión es que proviene del nombre de un árbol llamado "Espino de Mateare". De no ser por el incesante tráfico vehicular que pasa por un costado del poblado, la vida en este lugar sería más cercana a la tranquilidad que respiran otras poblaciones que están fuera de la vorágine estresante de la capital, pues cuenta con un bonito parque bien arborizado en la parte central, con bancas y juegos infantiles que atraen a grandes y chicos, sobre todo a los estudiantes de los diversos institutos y colegios de la comunidad. Mateare cuenta con varios atractivos turísticos, entre los que se encuentran en primer lugar, la bonita y paradisíaca Laguna de Xilóa, ubicada a sólo 14 kilómetros de este pueblo y 16 de la capital. Este complejo turístico, que resultó bastante dañado por el huracán Mitch, es uno de los más concurridos de todo el país durante la época de verano ya que cuenta con varios hoteles y restaurantes, además que es apropiado para practicar deportes como el esquí acuático, buceo, natación, competencias de botes de velas y otras actividades recreativas. En su jurisdicción también se encuentra la Laguna de Apoyeque, que al igual que la de Xilóa, ocupa el cráter de lo que hace miles de años fue un activo volcán que en su última erupción voló en pedazos todo su cono. Esta laguna posee varias especies de peces comestibles como el guapote, mojarras y otras que hacen las delicias de los pescadores furtivos que de vez en cuando se aventuran a bajar por sus intrincadas laderas. Además de las dos lagunas mencionadas, Mateare cuenta con una amplia zona costera sobre el Lago Xolotlán, de donde diariamente parten a San Francisco Libre o las cercanías de Momotombito, decenas de pescadores artesanales en busca de los cada vez más escasos manjares del segundo lago más grande de Nicaragua. **LAS MISTERIOSAS CUEVAS DEL CACIQUE:** a menos de 5 kilómetros del poblado existe lo que para muchos es la mejor muestra de la presencia indígena en la zona, como son las casi desconocidas Cuevas del Cacique, ubicadas en la parte media de la rocosa cordillera de los Maribios. Las Cuevas del Cacique son tres túneles abiertos en la pared rocosa de la Montaña, desde cuya altura se puede apreciar el espléndido paisaje del lago y sus dos inseparables vigilantes, el volcán Momotombo y el Momotombito. Es un lugar mítico y por su ubicación de difícil acceso se piensa que allí vivía el cacique indígena que gobernaba estos territorios antes de la llegada de los españoles. Para llegar hasta las cuevas, es necesario ir acompañado de guías que conozcan la ruta para no perderse. El punto de partida empieza en la Finca San José, de donde hay que caminar por casi una hora para subir por la parte baja del zanjón que forman las aguas que bajan del macizo montañoso. Luego de subir por las rocosas encajonadas, hay que agarrarse fuerte de bejucos y arbustos para escalar los barrancos que bordean el risco donde esperan las entradas a las cuevas. Pero la aventura y el misterio no estaría completa de no ser porque el camino para llegar a estas enigmáticas cuevas esta protegido con unas trampas más peligrosas que las de las pirámides de Egipto, ya que está atestado de mortíferas víboras cascabel, alacranes y hojas de chichicaste. Sin embargo, el peligro no termina allí, pues al llegar a las cuevas hay que tener mucho cuidado de no molestar el panal de las gigantescas avispas Catala o "ahogadoras" que custodian la entrada, las que son capaces de matar a una persona si atacan en bandada, según advierten los lugareños. A la entrada de las tres cavidades existe un manantial donde hasta hace poco tiempo llegaban los venados a beber de las cristalinas aguas que filtraban de las piedras, sin embargo, esta fuente acuífera últimamente se ha secado por el indiscriminado despale practicado en lo alto de la cordillera. **LA CHANCHA BRUJA:** hace muchos años, cuando la gente aún creía en historias de espantos y aparecidos, en Mateare ocurrieron hechos insólitos que si no fuera porque los personajes involucrados están vivos para contarlos, nadie los creería. Don Juan José Velásquez es un humilde campesino de 88 años, de los cuales los últimos 15 los ha vivido en este pueblo. Todos los días sale al monte a buscar arbustos para hacer escobas de barrer patios, las que vende a tres córdobas por unidad. En todo Mateare lo conocen y por cariño le dicen "Chaleco". Dice que por dormir en hamaca ha quedado encorvado y que por usar caites a veces se espina los pies y tiene miedo que alguna vez lo pique una cascabel, porque aunque él sabe que el "secreto" contra una

felicidad. Tuve de compañeros a Julio y Ulises Espino, un par de hermanos gemelos (uno rubio y el otro moreno) que se transformaron en el terror del pueblo: mal hablados, irrespetuosos, revoltosos y pleitistas. Eran de lo mejor cazando conejos y pájaros. Nadie bailaba trompo como Ulises. Yo me sentía en mi charco y estaba aprendiendo cosas importantes para mi vida. Actualmente, Ulises está en E.U.A y Julio es el ricachón de Mateare.

Algo que es digno de destacar es que mi profesora Emelina siempre me tuvo mucho cariño. Yo fui su mejor alumno, según me decía. Varias veces en el transcurso de mi vida llegaba a mi casa a saludarme y hablábamos de mis estudios y comportamiento en general. Cuando me recibí en el Zamorano me envió un regalo. Ella siempre contó con mi agradecimiento y fué una parte importante en mi vida. Sé que Dios la tiene de directora en el mejor colegio o escuela del cielo.

En ocasión de las navidades de mis siete años mi madre me regaló mi primer caballo, con su buena y linda montura para niños. ¡El regalo fue perfecto para mí! Al caballito lo llamé "*El Coloradito*" y llegué a quererlo muchísimo. Nunca se quedó atrás. Con él dabamos grandes paseos por la hacienda. Ayudaba a arrear el ganado de los potreros a los corrales de la finca. Acá una anécdota del campo: los empleados de la finca me decían que para ser dueño de un caballo tenía

---

picadura de serpiente es "morderla" para que se reviente, "pero yo sin dientes, estoy servido" dice en tono de broma. Don Juan cuenta que en una ocasión, cuando iba por la hacienda Santa Elena, al pasar por la Ceiba Bruja le salió una chancha grande en el camino y al verla, él clavó la mirada en los brillantes ojos del animal, al tiempo que le clavó las espuelas al asustado caballo, pero la chancha, quién sabe de dónde cogió tanta agilidad, que cuando don Juan quiso ver dónde la había dejado, se pegó el gran susto al verla correr a la par de su bestia, que como alma que lleva el diablo, siguió corriendo hasta llegar exhaustos al caserío, cuadrúpedo y jinete, no así la chancha, que misteriosamente desapareció en la oscuridad de la noche. **AQUELLOS TIEMPOS DEL EXTINTO FERROCARRIL:** cuando don Bernabé López tenía 18 años, Mateare vivía los grandes días de la comunicación por tren, ya que por la periferia pasaba la locomotora con los carros cargados de distinguidos pasajeros en primera categoría, mientras en los vagones siempre viajaban los comerciantes y campesinos en su interminable ir y venir en busca de los cafetales de Carazo o los ingenios y bananeras de Chinandega. En aquellos tiempos, recuerda don Bernabé, "la gente acarreaba de todo en el tren, desde chanchos, leña, canastos de verduras, frutas, perros y el precio del transporte era bien barato". ¡!Ahh!!, como hace falta el ferrocarril en este pueblo, dice mientras se queda callado, viendo a lo lejos, como intentando escuchar el crujir de los rieles de un tren que sólo vive en el eco de la vieja estación frente al lago y en la imaginación de aquellos que alguna vez vivieron la emoción de viajar en primera clase o en cualquiera de sus vagones. Actualmente don Bernabé tiene 72 años y es el cuidador del parque municipal de Mateare.

uno que ser muy “huevón”, y como yo quería tener mucho de eso, apliqué mi lógica: tenía que comer muchos huevos de gallina para poder ser todo un gran huevón y así ser un buen dueño de un caballo como *El Coloradito*. Entonces, todos los días me introducía silenciosamente al gallinero e ingería hasta 6 huevos crudos de una sola vez. Todo iba muy bien y ya me sentía un gran huevón. Desafortunadamente mi mamá me sorprendió y le echó llave a las puertas del gallinero, pero con la cantidad de huevos que me había tomado ya no necesitaba más. Estaba listo para mi caballo. Ya nadie podría impedir que yo fuera su dueño. ¡Era un huevón!

Mi madre había convertido el callejón de la entrada de la finca en una pista de carreras para correr caballos. En días especiales se reunían ahí varios caballistas de la zona para hacer competencias y apostaban por el éxito de sus caballos. Mi papá tenía un buen ejemplar que gozaba de fama en la región por su gran velocidad. Era muy rápido, afianzaba bien sus patas y corría con gran soltura y seguridad. Era pequeño, pero con mucho “nervio”. Se llamaba *El Paquete*. En varias oportunidades quise montarlo para correrlo, pero mi madre nunca lo permitió. Por mucho tiempo esto constituyó una de mis grandes frustaciones.

Por esos días a mi papá lo nombraron “Mayordomo”de San Pedro y San Pablo, patronos de Mateare. Esas festividades el pueblo las celebraba en grande: llevaban los santos a la finca del “Mayordomo” en una sola y larga procesión. Todo transporte era bueno: caballos, coches, carretas, etc, pero la gran mayoría de personas desfilaban a pie y se turnaban para cargar a los santos. Era una larga, larga procesión. Cuando la procesión llegaba a hacienda, el Mayordomo tenía listo un lindo altar para instalar a los Santos patronos. Éstos siempre llevaban sus músicos: los famosos *chicheros*. La traída de los santos a la hacienda se hacía en las primeras horas de la mañana. Los feligreses se quedaban a comer y beber en la finca. Había una misa campal y

después se organizaban muchas competencias para los acompañantes, tales como el palo lucio[3]; agarrar un cerdo lleno de guasa[4]; actos de las escuelas de Mateare, etc... Los sacerdotes venidos de Managua daban las bendiciones a todos los presentes. Después todos comían y bebían y en la tarde se regresaban al pueblo con los santos a dejarlos en la iglesia, siempre en procesión. El "Mayordomo" (mi padre) destazó varias vacas para con la carne hacer nacatamales para la comida de los mateareños y sus invitados, además compró 24 barriles usados, de 53 galones cada uno, para hacer la *chicha de maíz* que se repartía a los filigreses. Esta es una bebida famosa en Nicaragua[5]. La tragedia comenzó con la mala limpieza de los barriles. Al hacer la chicha en ellos soltaron algún residuo daniño que afectó a todos los que ingirieron este famoso néctar. Al regreso era muy notorio que la procesión se iba arralando y los peregrinos se iban retirando a los lados del camino. Hubo un momento en que los santos se quedaron sin cargadores. Casi todo el pueblo se muere de la gran diarrea que le produjo el consumo de la famosa chicha de maíz. Este ha sido el hecho más relevante del pueblo por muchos años y levantó muchos comentarios. Según algunos analistas, la conclusión era que al ser mi papá conservador y el pueblo de Mateare liberal, habría querido envenenarlos a todos. La casa del

---

[3] (N.E) Consiste en "sembrar" un poste o palo sin ramas, llenarlo de algún material resbaladizo y quien logre subirlo gana un premio.

[4] (N.E) Como editor no sabía sobre este juego, por lo que indagué sobre él con los hijos de mi hermano José Luis, habiendo obtenido la siguiente respuesta de Arturo Rafael: "*Dice el ing chamorro que se trata de untar al cerdo grasa o aceite quemado para que sea resbaloso, consistiendo el juego en atraparlo dentro de un corral, se parece a las carreras de cintas en las que sustituyen la cinta y el aro por una gallina patas para arriba con el pescuezo untado de grasa, el que gana es el que arranca la cabeza (es una diversión bastante sádica), siendo la recompensa un beso de la novia de la feria patronal*. Saludes ACHB. Enviado desde mi dispositivo de bolsillo inalámbrico BlackBerry®

[5] (N.E) **Ingredientes:** 2 libras de maíz; 12 tazas de azúcar; 1 ½ taza de esencia especial para esto (Se compone de tres esencias de frambuesa, banano y vainilla, la venden preparada); 1 taza de dulce rallado; 26 tazas de agua, para principiar (6 ½ litros), colorante rojo. Lave bien el maíz y déjelo remojando toda la noche. Al día siguiente, quítele el agua, lávelo en otra agua, escúrralo y muélalo grueso. Si lo lleva a un molino, advierta que es maíz para chicha, que ya saben el grueso que quiere. Molido, lávelo otra vez y sáquele toda la pulpa y cascarita que tenga. Póngale 18 tazas de agua ( 4 ½ litros) y un poquito de colorante rojo; cuézalo, moviendo siempre, de vez en cuando, para que no se le forme tela encima. Cuando este frió, mézclele 1 taza de dulce rallado, diluido en 8 tazas de agua ( 2 litros), y muévalo otra vez bien para que el agua se le incorpore. Al siguiente día desbarate bien la masa con 32 tazas de agua (8 litros más). Mézclele 12 tazas de azúcar y dilúyalas bien; póngale la esencia y el colorante rojo, hasta darle el color a su gusto. Esta chicha queda fresca. ( 50 vasos). (Tomado de Facebook, del programa "Nicaragua es mi sazón").

médico, que la terminó de concluir meses después de estos hechos, la llamaban “La casa de la Diarrea”, ya que decían que la había podido construir con el dinero que había cobrado atendiendo a los afectados por la Gran Diarrea.

En la casa hacienda teníamos una empleada que me contaba muchos cuentos, aunque en realidad abusaba de mi ingenuidad de niño. Llegaba muy de mañana y al caer la tarde regresaba a Mateare. Vivía en una gran bajada antes de llegar a la estación del Ferrocarril, cerca de la orilla del lago de Managua. Era india, pero como era de color muy oscuro, casi parecía persona de color negro. Siempre traía anillos en los dedos de la mano y collares en el cuello. Me decía que la bruja de Mateare se los había dado y que tenían cualidades muy especiales. Yo siempre le creía y me portaba bien con ella, así no le daría por embrujarme a mí. Como casi siempre llegaba con el mismo vestido de cuadros, me atreví a preguntarle un día:

- ¿Laura, como hacés cuándo vas a una fiesta en el pueblo si solo tienes ese vestido? Ella me contestó:
- ¡Ay qué niño este! ¡No ve que como soy muy negrita, en la noche salgo y ando desnuda y todo mundo cree que ando con un vestido negro, solo cuando me río se me ve la blancura, por mis dientes!

Yo le creí y todas las noches quería que me llevaran a Mateare a ver a Laura con su vestido negro (desnuda) y su gran sonrisa blanca.

Así era yo de ingenuo en esa linda época de mi vida.

## *V. Tiempo de colegio*

**C**reía que como ya sabía leer y escribir algunas cosas, era suficiente y que viviría siempre en la finca. ¡Pero no era ésa la realidad! Un día mis padres me comunicaron que habían tomado la decisión de enviarme a vivir donde mi tía Carmencita en Managua. Ésta era hermana de mi papá y vivía enfrente del Gran Hotel. Además, que iría a estudiar en el Instituto Pedagógico, colegio de mayor renombre en Managua, dirigido por los hermanos Cristianos (La Salle).

Y allá me fuí. Mi tía era muy dulce y cariñosa; rápidamente me adapté a convivir con ella y su familia. A Managua la ví como una ciudad grande y bonita. A media cuadra quedaba el teatro González y allí iba todos los domingos a ver películas de vaqueros.

En la noche nos reuníamos con niños vecinos y jugábamos juegos de la época: arriba, el escondite y muchos otros, hasta que me tocó ir al colegio. Para ese entonces tenía ya un hermanito, Carlos Alberto, quien me hacía mucha falta. Por eso, recogía cajitas, confites y cosas más para llevárselas cuando regresara a la finca. Me hubiera gustado que fuéramos juntos al colegio, pero estaba muy pequeño. El colegio era cosa de hombres y él era un niño.

TEATRO GONZÁLEZ, FINALES DÉCADA DE 1950

Me costó mucho adaptarme al colegio casi desde que llegué. El hermano encargado de nosotros (Prefecto) era muy estricto y regañón comigo. Se llamaba Hermano Eugenio, pero nosotros le deciamos “Gulliver”, pues era muy alto y fuerte. Sentía que se la tomaba comigo y yo casi ni lo conocía. Me regañaba y pegaba detrás de la oreja con sus dedazos, aunque yo tenía un buen comportamiento. Creo que lo que más le molestaba era que siempre me orinaba encima de un tronco de un árbol de mango que estaba a un lado del patio de recreo, pero es que en la finca me orinaba donde quería y nadie me decía nada... Este señor me gritaba, me hacía ir donde él y me daba un porrazo en la cabeza. Cada día que pasaba estaba más bravo con él. Tenía que resolver este problema como fuése, de eso estaba seguro. Después de un profundo análisis (el problema mío era buscar un buen plan), llegué a la conclusión que de no vengarme este señor podría hasta matarme. Me dediqué entonces a estudiar mis alternativas y con la mayor frialdad fuí planeando mi cruel venganza. Noté que en los recreos “Gulliver” se paseaba en los corredores del colegio de un extremo al otro, llevando las manos entrelazadas una con otra. Allí estaba mi oportunidad. Solo había que esperar el mejor momento. La ruta de escape ya tenía lista...

Un día aproveché que se detuvo a observar a los alumnos que estaban en el recreo. Me fuí despacio y cuando estaba detrás de él, le

pegué un mordisco en la mano con toda mi fuerza. Así que lo mordí y salí en carrera corriendo a toda velocidad y me encerré en los baños de la secundaria. No me pudieron sacar y tuvieron que llamar a mi tía Carmencita. Ella llegó y hasta entonces le quité llave a la puerta. No sé porque no me expulsaron. Mi tía arregló el asunto, sin decirme nada me llevó a casa. Después me preguntó por qué lo había hecho y yo le respondí: - ¡ por venganza !

Regresé al colegio y poco a poco “Gulliver”se convirtió en mi amigo. Yo estaba seguro que buscaba mi amistad porque me tenía miedo. Días después mi padre me dió una charla haciéndome ver que mi comportamiento con el hermano Eugenio merecía una disculpa y que un hombre no debe hablar de venganza sino de amor y respeto. Después de pensarlo mucho, senti que mi papá tenía razón. En un papel le pedí perdón al Hno. Eugenio, le pedí disculpas y le prometía que nunca me orinaría en el tronco del palo de mango. Después de eso el hermano nunca más me pegó en la cabeza y hasta fue mi defensor y amigo.

Después, el segundo grado lo cursé en el colegio “San Miguel” (salesianos) en Tegucigalpa, Honduras, donde, por alguna razón, mis padres se trasladaron a vivir. Puedo decir que al comienzo no me fué muy bien con mis compañeros, sintiendo rechazo y antagonismo; creo hasta hoy que mi nacionalidad nicaragüense era el motivo principal. Me aislé, pero nunca bajé la cabeza. No busqué problemas con ninguno de ellos, pero tampoco los rehuí. A la salida del colegio me trasladaba lo más rápido que podía a mi casa, pero nunca corrí. Varias veces me tiraban piedras y aunque el miedo que sentía era muy fuerte, me quedaba parado y me volvía en dirección donde me habían tirado las piedras y ya nadie me molestaba. Un día, como a dos cuadras antes de llegar a mi casa, tres alumnos del quinto grado me detuvieron. Dos de ellos me inmovilizaron tomándome de los brazos y el otro me tiró una piedra que, gracias a Dios, me pegó entre mis dos cejas. Se me inflamó

y hasta el día de hoy tengo la cicatriz. No lloré, limpié la sangre con la camisa y me fuí a casa. Allí dije que me había golpeado con una rama de un árbol. Regresé al día siguiente al colegio como si nada. Poco a poco fuí haciendo amistad con algunos de mis compañeros y al poco tiempo tenía un buen grupo de amigos, amistad que con algunos permanece hasta el dís de hoy. Recuerdo a Ramón Rosa, Ricardo Álvarez Reyes, Romano Rizzo, los hermanos Hernández (los coyotes) y otros. En esa misma época tuve el honor de conocer a mi gran amigo Luis Eduardo Quilico, 50% italiano y 50% nicaragüense de la familia de los Olivares (son poetas y gente muy especial). A Luis Eduardo y su familia les tengo un gran amor y respeto. Doy gracias a Dios por tener un amigo como Luis Eduardo.

Creo hasta hoy que al profesor que me daba clases en el San Miguel no le simpatizaba mi persona. Por cualquier motivo se acercaba a mi escritorio y me repreendía jalandome las patillas. Puedo afirmar que no era una buena persona pues tenía problemas con casi todos sus alumnos. Imponía castigos corporales por la menor indisciplina o travesura tan usual en los jóvenes. Nunca me expliqué cómo los padres salesianos no tenían conocimiento de esto.

El colegio San Miguel era y es excelente y goza de mucho prestigio en Honduras. Este profesor estaba desubicado y hacía la diferencia. Por otra parte, había un padre salesiano que era muy cariñoso con todos. Había estado en el colegio Salesiano de Masaya, Nicaragua y le tenía mucho cariño a los nicas. Los sábados llegaba a nuestra clase (era el Prefecto de la Primaria) y nos contaba los cuentos más bellos e inolvidables que jamás he vuelto a escuchar. La narración que hacía era como estar viendo una película en la televisión. Cada sábado nos contaba un capítulo dejando para la próxima semana lo más emocionante y nosotros esperábamos con mucha ansiedad. Ese día ningún alumno faltaba, nos tenía embelezados.

Algo que causó problemas en mis estudios de segundo grado fué la materia de Trabajo Manual que en esa época se llevaba en Honduras. Hoy se llama actividades prácticas. En Nicaragua eso no existía. Yo no sabía hacer nada. El profesor me dió como tarea hacer un suéter de lana. Alguien me explicó que tenía que dar a hacer una tabla con un hoyo en medio y alrededor de éste clavos metidos ¼ de su tamaño. Allí se iba hacer el famoso sueter me enseñaron a tejer con hilo de lana. Yo agarré bien el asunto del tejido y aparentemente era todo un experto. Cuando terminé el trabajo comenzaron los problemas. Uno de los errores fue que hice una manga más larga que la otra; el cuello salió bastante raro; el faldón delantero era 1 ½ más largo que el trasero y para terminar el profesor me dijo que era asimétrico. Yo no sabía qué me quiso decir, pero ya estaba molesto (... estaba claro que había gente que tenía un brazo más largo que el otro, para esa gente era mi suéter...). Al maestro no le gustó nada de lo que yo había hecho. Me quedó viendo y me dijo: le voy a dar de una vez un nuevo trabajo para no aplazarlo en esta materia. Me pidió que fuera al rastro público y consiguiera un cacho de res para hacer una garza, que tenía que trabajar en mi casa si quería salir a tiempo con mi nota. Yo acepté el reto, pero no fui al rastro, sino que pedí que me llevaran al mercado y donde venden artesanías compré la garza más fea que había. Además, conseguí lijas y la lijé hasta quitarle el producto que le ponen encima para que se vea brillante. Las clases de esta materia me las pasaba lijando. El profesor me aceptó el trabajo, aunque me dijo que tenía el cuello muy delgado, que la próxima vez no había necesidad de dar tanta lija...

Siempre recuerdo del segundo grado al “Rosco”, un compañero. No éramos afines. En realidad éramos como dos gallos de pelea: todas las semanas y por cualquier motivo nos liábamos a golpes. Ya teníamos hasta nuestro lugar para las peleas: el campo de futbol que quedaba al

lado del puente Carías en Tegucigalpa. El “Rosco” optó más adelante por ser militar y llegó a coronel. Nunca más lo volvi a ver.

INSTTITUTO SALESIANO SAN MIGUEL, TEGUCIGALPA

Terminé mi año en el San Miguel con notas bastante altas y regresé a Nicaragua con mucho cariño y recuerdos de mis amigos hondureños. Mi tercer grado y todos los demás los hice en el Instituto Pedagógico de Managua: mi colegio La Salle.

## *VI. Nuevamente en Nicaragua*

***D***esde el tercer grado tuve el honor que me nombraran capitán del equipo de fútbol del grado, lo que me dió un gran liderazgo entre mis compañeros. Jugábamos en la liga conocida como “Zancudos” y si bien éramos muy buenos jugadores, éramos también pésimos perdedores, finalizando muchas veces los juegos a golpes y patadas. Para no perder, yo había metido en el equipo a un compañero de apellido “Palacios”, mas conocido como el “Suicida”, que de fútbol no sabía nada. Su especialidad era golpear a los adversarios en la chimpinilla, golpe doloroso con el cual eliminaba a los mejores del otro equipo o al menos reducía su rendimiento. Sólo lo usábamos en los momentos de gran necesidad. También habíamos incluido en el equipo

a un compañero conocido como “Papaya”, a quien utilizábamos para insultar y echarles chinitas a los rivales. Era un verdadero especialista en eso, desmoralizaba a cualquiera. Tenía un vocabulario muy elegante y fino, no usaba palabras groseras. Podía decir de 500 a 1000 palabras por minuto. ¡Era un genio! Al equipo sólo le interesaba ganar y ser los mejores. Quizá por estas prácticas o métodos poco ortodoxos, nadie quería jugar contra nosotros, creo que nos tenían un poco de miedo. Cuando perdíamos, entonces yo me ponía tan bravo que me daba por decirle a mis compañeros que me iba a suicidar... pero nunca, obvio, encontraba ni el mecate ni el árbol adecuado. Una vez incluso me llevé una corbata que la sabía podrida y que con jalarla un poco fuerte se reventaría. Pues bien, me sirvió y el impacto entre los jugadores de mi equipo fue enorme. Después, algunos de ellos pensaban que si no se hubiera reventado la corbata yo me hubiera ahorcado porque andaba muy arrecho porque habíamos perdido el partido. ¡Se necesitaban muchas agallas para hacer eso!

Confieso ahora que una de las cosas más bochornosa de mi vida de estudiante me pasó en tercer grado. El profesor me escogió para salir en un acto musical en una velada que se realizaría en el colegio. Yo era uno de los cinco niños que ibamos a bailar con cinco niñas del colegio de “La Inmaculada” de Managua. Bailaríamos una canción mexicana muy conocida llamada “Las Chiapanecas”, Hay un pasaje de la canción que dice: “*La Chiapaneca se va...se va...*”, momento en el que teníamos que voltear el cuerpo a un lado y sonar las palmas con nuestras manos. Esto último es lo que nos arruinó a los cinco bailarines. Por algún tiempo nos decían “*los chiapanecos, Dios los cría y ellos se juntan*”. Fue un tiempo de mucho sufrimiento. Yo contrarrestaba a los que nos llamaban “Chiapanecos” y les decía que estaban envidiosos

pues nosotros estuvimos con 5 lindas chavalas y ellos no. ¡Realmente nunca me gustó la tal canción mexicana[6]!

En ese mismo año recibi mi primera comunión. Fue muy bonito, lo único malo es que a mi tía Eva se le ocurrió ponerme un poco de "sufatiazol" en un granito que tenía en el cachete. Allí se hizo una mancha blanca bastante notoria e inoportuna. Salió en todas las fotos y los otros acompañantes se reían de mi grano y me daban bromas sobre el asunto. Todos preguntaban porque andaba eso en la cara. Yo les contestaba que el sacerdote que me confesó me lo dió de penitencia porque tenía pecados que solo los hombres cometen, que tenía que llevar este parche blanco durante mi primera comunión para que se me blanqueara el alma. ¿Ingenioso, no?

En cuarto grado me enamoré por primera vez. Yo le rezaba todas las noches a la Virgencita María para que la niña me quisiera. Realmente era muy bella, como un lindo sueño. ¡Era una princesa! Todas las tardes después de nuestras clases, nos reuníamos varios de sus admiradores enfrente a su casa en el barrio San Antonio. Allí estábamos todos los amigos, cada uno con sus patines bien cuidados y limpios. Estos aparatos tenían uñas para agarrarse al borde de los zapatos y teníamos que andar una llave especial para socar y aflojar a nuestros zapatos. Los patines tenían que engrasarse con frecuencia para que se deslizaran perfectamente.

---

[6] (N.E) Es una hermosa composición musical de Chiapas. Su autor fue Juan Arozamena, quien la compuso en 1924, pasando a ser el segundo himno regional de Chiapas. Fue interpretada por primera vez por el Cuarteto de los Hermanos Gómez, en el Teatro "Variedades Payret" de la Habana, Cuba, cantada y bailada por Lupita Rivas y sus coristas. Fue un éxito inmediato. En México, el mismo cuarteto la ejecutó en el Teatro Progreso, de la ciudad de Mérida, Yucatán. El 2 de diciembre de 1930, con el regreso de los hermanos Gómez a Tuxtla Gutiérrez, hacieron su debut en el Teatro Emilio Rabasa (antiguo Teatro del Estado), interpretando Las Chiapanecas. Fue tan grande el éxito de esta melodía que se incluyó en las siguientes películas mexicanas: i) *Al son de la marimba* (1940), con Fernando Soler, Emilio Tuero, Marina Tamayo, Joaquín Pardavé, Sara García y la actriz chiapaneca Amanda del Llano (1920-1964); y ii) *La Mujer sin Lágrimas* (1951), interpretada por Libertad Lamarque, Marga López y Ernesto Alonso. Quien desee ver esta danza puede hacerlo en YouTube (http://www.youtube.com/watch?v=YaJDqKKQc5c).

Muchas tardes la dueña de mi corazón no salía de su casa, pero otras sí. Cuando así lo hacía traía en sus manos un precioso par de patines con fajas de cuero blanco. Nos quedaba viendo uno a uno y después con su linda sonrisa pedía a uno de nosotros que le pusiéramos los patines y le enseñara, agarraditos de la mano, a patinar. Los demás patinábamos alrededor de ella, compitiendo con todo lo que teníamos. Hacíamos todo tipo de piruetas, a cual más peligrosa. En esos momentos teníamos más adrenalina que cualquier otra cosa. Manejábamos el asunto con gran profesionalismo y agilidad. Lo que buscábamos era impresionar a la niña para que la próxima vez nos escogiera. Yo, cuándo era escogido, sentía algo indescriptible, me temblaba todo el cuerpo y pasaba varios días sin lavarme la mano que ella había estrechado. En agradecimiento, le llevaba un pequeño ramito de flores (recogidas por mí) a la Virgencita en la iglesia para demostrarle mi agradecimiento. Creo que a la Virgen le gustaban mis flores, pues cada día era más frecuente que la niña me escogiera a mí. Poco a poco me iba convirtiendo en el preferido. Así pensaba yo. Mi relación con ella marchaba de viento en popa, presintiendo que pronto estaríamos unidos por el sentimiento más grande: el amor. Soñaba despierto con ella. Ya hasta nos quedábamos viendo profundamente a los ojos como queriéndonos decir algo. Cuando me daba su mano, sentía que me apretaba con mayor fuerza, pero dulcemente...

La desgracia llegó cuando mi tía Amalia Pfaeffle, hermana de mi mamá, me invitó para que fuera acompañando a mis primos a unas

pequeñas vacaciones a la finca “Vapulin”, en Los Brasiles, propiedad de Don Thomás Wheelock. Todo se confabuló en contra mía por esas cosas de la vida o del destino. Sucedió que se acabaron los huevos de gallina que mi tía había llevado. Entonces, ella tomó una linda canastita y me llamó diciéndome que a unos dos kilómetros sobre el camino que venía de Managua había un rancho donde vendían huevos, que fuera allí y comprara las dos docenas que cabían en la primorosa canastita. Así lo hice, pero con aquella canastilla en mi brazo me sentía como la propia Caperucita Roja... era un actividad para mujeres esa de ir a comprar huevos con una canastita tan femenina. No obstante, fui y compré las dos docenas de huevos y regresé a la finca. De pronto a lo lejos veo un carro negro que viene hacia mí. A medida que el carro se acercaba me resultaba más conocido…

Cuando llegó a la par mía el auto se detuvo y ¡tragedia!, era doña Marta, la mamá de la niña de mis sueños, con ella y su hermana. La señora me saludó y me preguntó que en qué casa estaba yo. Al explicarle me dijo que también ellas venían de vacaciones a una propiedad familiar. En aquellos momentos hacía lo imposible para esconder la maldita canasta con los huevos, pero la niña, con ojos de lince vio la canastita. No me dirigió la palabra, se volteó hacia su mamá y le dijo:

- *Mamá, nunca creí que José Luis Chamorro vendiera huevos en canasta*.

La señora sonrió y seguieron su camino. Con mis ojos llenos de lágrimas, mi corazón dolido, odiando aquellos malditos huevos y más la horrible canasta, casi llego a tirarme al suelo y no levantarme más. Se me derrumbó el mundo. Fue el fin de aquel gran amor... lo había perdido para siempre por los malditos huevos, pero mi dignidad y mi hombría me sostuvieron. Nunca más volvi a la casa de la niña. Ella siempre preguntaba por mí, pero mi orgullo no permitía aceptar su amistad o amor. Nunca más la volvi a ver. Después supe que vivía en Houston, USA, que se había casado con un médico norteamericano y que siempre era bella.

Siempre soñé que realizaría grandes cosas. Fuí un asiduo lector de una revista que comentaba las grandes aventuras de Flash Gordon, un super héroe. Muchas veces me dejaba llevar por mi imaginación y me veía como un gran redentor del mundo, protector de la humanidad. Soñaba que las niñas se desmayaban en mis brazos cuando conocían mis hazañas. Otras veces soñaba que era un gran caballista y que mi caballo blanco había salvado a muchas gente en una inundación del lago en Managua. Por supuesto, yo rescataba a las niñas bonitas que me gustaban. Ahora, fuera de formar una linda familia, no he podido realizar ninguno de mis sueños, pero algún día lo conseguiré, hay tiempo. Por supuesto, ahora son otras cosas las que desearía lograr hacer. Soy un creyente de que el verdadero éxito del hombre consiste en llegar a formar una familia llena de amor y de verdaderos valores. Creo que cada uno de nosotros es el resultado de lo que nuestros antepasados han hecho por sus familias y de que nuestros descendientes harán en el futuro. Nosotros somos el presente y al estar rodeados por nuestros descendientes, somos una mezcla del pasado, presente y futuro.

Cuándo estaba en sexto grado de primaria, con dos amigos decidimos realizar en las vacaciones una verdadera aventura. Según mi familia, yo iba a ir a pasear unos días a Granada en casa de una familia

amiga. Llegado el día, nos fuimos en tren a Granada. De allí nos trasladamos al puerto y nos embarcamos en el famoso vapor Victoria.[7]

RESTOS DEL VAPOR VICTORIA

Atravesamos el lago Cocibolca. Nuestro plan era llegar a una finca en Chontales que tenía el tío de uno de mis acompañantes. El vapor nos dejó, como a las tres de la madrugada, en una islita conocida como el "Jovo", a 2 kilómetros de las costas de Chontales. A las seis, la familia campesina que vivía en la isla nos trasladó a las costas de Chontales y nos vendieron unas tortillas con cuajada y café negro. ¡Todo lo sentimos delicioso! Ya puestos en la costa, caminamos como dos horas hasta llegar a una hacienda donde nos alquilaron tres caballitos para trasladarnos a "la Dalia" que era como se llamaba la

[7] (N.E) Fragmentos tomados de La Prensa (5/4/2004). Por Oirlando Valenzuela. El vapor Victoria es toda una leyenda en la historia de Nicaragua de finales del siglo XIX y mediados del XX. Generaciones enteras recuerdan con cariño y nostalgia las alegres travesías por los puertos del gran Lago Cocibolca, saliendo de Granada a San Ubaldo, San Carlos, San Jorge y regresando a La Gran Sultana días después. La construcción del Victoria fue encargada por don Francisco Alfredo Pellas a la compañía Pussey and Jones de Wilmington, Delaware, para facilitar la navegación mercantil en el Lago de Nicaragua (Cocibolca). Fue bautizado por el señor Pellas en recuerdo de una hermana suya llamada Victoria. Tenía 136 pies ingleses de eslora, 28 pies de ancho, 6 pies de calado, capacidad para 150 toneladas y comodidad para 75 pasajeros en primera clase y 75 en segunda, dos calderas de 80 caballos de fuerza cada una y dos hélices. Era el año 1882. Además de transportar ilustres viajeros que pasaban por nuestro país, el Victoria aparece en muchas páginas de nuestra historia tanto cívica como militarmente. El 2 de agosto de 1888, el mayor barco de vapor que ha surcado el gran lago se vistió de luto para trasladar los restos mortales del hasta entonces presidente de Nicaragua Evaristo Carazo, fallecido de un infarto en la ciudad de Granada el día anterior. El Victoria, con sus banderas enlutadas a media asta, partió silbando lúgubremente mientras el cañón de su proa rendía honores militares al ilustre difunto. Durante las revueltas y revoluciones armadas de principios de siglo, el vapor Victoria tuvo protagonismo, transportando tropas a ambos lados del gran lago, como lo demuestran las fotos de los años veinte, cuando el Gobierno del general Moncada atestaba de soldados las dos plantas del vapor para trasladarlos a los puertos de Chontales, San Miguelito, San Carlos y otros puertos. En marzo de 1928, durante el gobierno del mismo Moncada, se inauguró la red ferroviaria entre San Jorge y San Juan del Sur, que restablecía el contacto con el interior del país por medio del vapor Victoria que hacía la travesía entre San Jorge y Granada. El vapor Victoria hacía la travesía de Granada a San Carlos, pero se podía viajar hasta San Juan del Norte transbordando otros vapores que esperaban la llegada del Victoria. El Victoria salía de Granada y tocaba el puerto de San Ubaldo, donde hacía escala de unas tres horas para luego seguir a La Gran Sultana en un viaje de 14 horas.

finca donde íbamos, de una familia Gutiérrez. Después de seis horas a caballo llegamos al anochecer en la finca. El tío de mi amigo resultó ser una persona muy especial. Nos recibió con gran cariño y avisó a través de un radio a los familiares de Granada diciéndoles que estábamos bien y que estaríamos 15 días con él, que por favor avisaran a nuestras familias. Fue una experiencia maravillosa. Todo el día andábamos a caballo, comíamos riquísimo y nos involucraron en todas las labores de la hacienda. ¡Es algo que nunca podré olvidar!

Cuando estaba en quinto grado nuestro equipo de futbol (yo era el capitán) llegamos a pelear el campeonato de nuestra liga del colegio. En el último partido contra el equipo de sexto grado perdimos por 2 a 0. Esto fue demasiado duro para todo el equipo. Llorábamos mis compañeros y yo de la ira que sentíamos. Decidimos ahorcarnos tres en el palo de la valla de la portería. Solo pudimos encontrar una corbata vieja para llevar a cabo nuestra decisión. La corbata, al halarla se reventó, estaba podrida. ¡Imposible hacerlo! ¡No pudimos guindarnos! Decidimos entonces ir a tirarnos a la laguna de Jiloá desde la roca del Gringo, donde varios se habían estrellado... Cuando llegamos y vimos la famosa Roca comprendimos que era muy peligroso y terminamos bañándonos en el lugar donde iba la gente a lavar ropa.

En esa misma época decidi ser un gran nadador e iba todos los días cuándo regresaba del colegio a bañarme y practicar a la piscina del Gran Hotel (yo vivía enfrente). Llegué a nadar muy bien, tenía mucha resistencia y velocidad. Como no había organizaciones de natación en Managua, nunca pude competir. Nunca supe si hubiera podido ser muy famoso en esa disciplina del deporte.

Para las fiestas de agosto en Managua y ya con más edad, montaba a caballo con un grupo de amigos. Íbamos a la iglesita de Santo Domingo en las sierras a traer y a dejar al santo patrono de Managua. Siempre cabalgábamos detrás de un camioncito en la que iban nuestras amigas y novias. ¡Era muy alegre! En uno de esos años,

con gran esperanza y ahorrando con mucho sacrificio, había podido comprarme un sombrero negro muy lindo y de marca, para lucirlo cuando montara a caballo. Andaba muy enamorado de Carmencita, hermana de uno de mis grandes amigos. Era muy linda y ya me había aceptado como su novio un día antes de la traída de Santo Domingo. Escogí ir detrás de la camioneta de tina donde iba ella y otras amigas a traer el Santo. Yo iba en mi brioso caballo con mi sombrero negro y me sentía muy bien. Cuándo íbamos llegando a la iglesita, comenzó a llover levemente (garuar). Viendo que mi Carmencita se mojaba, muy caballerosamente le cedí mi sombrero negro para que se cubriera con él. Cuándo pasó la lluvia y le iba pedir que me devolviera mi costoso sombrero que era la mejor parte de mi atuendo, veo con decepción que ella lo había puesto en el piso de la camioneta y se había sentado encima de él. Nunca he odiado tanto a una niña como aquella vez. Allí no más terminó el romance. Mi sombrero quedó achatado y feo. Nunca más lo volví a usar.

Pero volvamos a mis años Los sábados tomaba el tren para Mateare y mi papá me enviaba con el mandador, Don Julio, mi caballito. Montados regresábamos a la finca donde convivía con mis padres y hermanos el fin de semana. El domingo bajábamos todos a misa y generalmente nos ibamos a almorzar donde el médico que era amigo de mis padres. Mis papás fueron especiales y me enseñaron a enfrentar la vida. Hasta hoy creo ser un tenaz luchador y tengo mucha seguridad en mi mismo. Todo eso y más lo logré por los consejos de ellos. Además, fueron siempre muy cariñosos y llenos de amor para sus hijos. En el colegio tenía un buen grupo de amigos, pero fueron muy especiales Arón Guerrero y Adolfo Vigil, siempre más cercanos a mí. La familia del primero era la dueña de la fábrica de galletas Cristal (Nabisco Cristal). Su mamá, Doña Margarita, siempre que llegábamos nos regalaba una gran bolsa de galletas quebradas a Adolfo y a mí. Esto era casi todos los días. Por galletas no perecíamos. Mi sexto grado se desarrolló en forma

rutinaria. Cuando teníamos como ocho semanas de haber comenzado las clases, me llamaron de la dirección. Me preocupé mucho, pero resulta para mi sorpresa que era para presentarme un nuevo alumno, Juan Giácomo Quiavari, hijo del embajador de Itália. El director del colegio me pidió que lo introdujera con los demás compañeros, que buscara cómo no le molestaran porque aún estaba en proceso de aprender el español. Me hice responsable de él y nos hicimos excelentes amigos en los años que pasó en Nicaragua. Huelga decir que cuando había una fiesta en la embajada italiana yo era siempre invitado para hacer compañía a Giácomo y a sus dos hermanas. Ya para entonces comenzaba a visitar y a conocer amigas. Siempre me fascinaron las niñas, mi corazoncito palpitaba con mucha frecuencia, iba a fiestecitas y a cocacoladas.

## *VII. Tegucigalpa*

***D***esde quinto grado las vacaciones mi tía Eva me invitaba a pasarlas con ella en Tegucigalpa. Por eso también me relacioné desde muy niño con esa ciudad, conociendo a muchas personas, tanto muchachas como muchachos. Tuve muy buenas experiencias. Tenía un grupo de amigos que eran como hermanos: Luis Eduardo Quilico, Ramón Rosa, Romano Rizzo, Fredy Boquin, Mario Rietti, Miguel Mejía, Leonidas Pineda, Carlos Hidalgo, Jorge Arturo Reina, Ricardo Alvarez, etc... A todos ellos los llevo grabados en mi corazón. En Tegucigalpa me abrieron los brazos, recibí y dí mucha amistad.

Tengo tantas anécdotas de Tegucigalpa con mis amigos que necesitaría un libro aparte para contarlas. Quizás lo haga. ¿Amigas? Muchas. En Tegucigalpa vivía un amigo norteamericano de nombre Morgan. Jugaba muy bien billar y tenía una mesa de este juego en su casa. En ese tiempo ya era yo un joven hecho y derecho. Nos invitaba a Luis Eduardo y a mí a llegar a su casa y jugar a 50 centavos la mesa.

Siempre íbamos y guardábamos los 50 centavos del bus de regreso ya que la casa de Morgan quedaba bastante retirada. Jugábamos de las 7 p.m a las 10 p.m. Todo lo que andábamos de dinero menos los 50 centavos del pasaje era para jugar apostado con Morgan. Éste siempre nos ganaba y nos convencía para que jugáramos lo que teníamos para el pasaje. Nos decía que la suerte iba a cambiar y que repondríamos lo perdido, pudiendo incluso ganar algo más... Siempre nos convencía y nos ganaba hasta lo del bus. Lo peor es que el gringo no nos prestaba para que no nos fuéramos a pie, diciendo que el dinero apostado era prohibido prestarlo, que el juego era sagrado y que quien se metía a cosas de hombre tenía que aguantar. Así que a las 10 p.m. nos tocaba correr 30 cuadras para llegar a nuestras casas. Regresábamos a jugar con Morgan porque el ganarle ya era una cosa de honor para nosotros.

Muchos domingos los Quilico, los Rizzo o los Rietti, me invitaban a comer pasta a sus casas. Todos eran hijos de italianos. Entre todos yo prefería a los Quilicos porque el papá de Luis Eduardo, Don Natalino, me ofrecía hasta tres vasos de un vino de frutas muy rico que preparaba. Delicioso igual que los tallarines que nos comíamos. A ellos, los Quilicos siempre los he querido mucho, viéndolos como familia muy cercana. Otros domingos nos íbamos un grupo de amigos y amigas al Country Club de Tegucigalpa. Allí nos bañabamos en la piscina y jugábamos badminton o billar, o bailábamos. Éramos una juventud sana, fuerte y tratábamos a nuestras amigas con gran respeto.

Siempre nos las ingeniábamos para tener dinero. El papá de Luis Eduardo tenía una fábrica de baterías de carro. Le regalaba de vez en cuando una batería nueva a Luis Eduardo, la que de inmediato la íbamos a vender a los taxistas, con su respectivo descuento. Me parece a mí que mi amigo tomaba por su cuenta estas baterías para que no mermaran nuestras entradas económicas. Yo tenía el gran amor y la comprensión de mi tía Eva. Ésta me daba lo que yo le pedía. Le inventaba unos cuentos tan bonitos que hasta me daba más de lo que le

solicitaba. Fue como mi segunda mamá, se llevó un pedazo de mi corazón al cielo cuando se fue. Una vez nada más le fallé y analizando el caso yo no creo tener culpa. En esa oportunidad me encontraba de vacaciones y las pasaba en Tegucigalpa. Resulta que en el negocio de mis tíos (repostería) trabajaba una jovencita muy bonita que dormía en la casa. Mi tía había construído un muro separando la casa con la parte de lavandería y el cuarto de empleados. Allí dormía la señorita en mención (22 a 24 años). Yo veía que ella me seguía con la vista y se sonreía conmigo cada vez que coincidíamos, por lo que, galante, tomé la decisión de hacerle una visita, solo que por la noche. Mi tía ponía llave en la puerta de entrada que estaba en el muro de separación de la casa y la parte del cuarto de la joven, pero había una parte del muro que no llegaba hasta arriba. Por ahí traté de pasar yo al otro lado, pero mi tía oyó ruidos y se levantó a ver que pasaba. ¡Qué verguenza! Me encontró en el momento en que estaba enganchado sobre el muro... no supe qué decir. Siempre este tipo de acción me hace sentir culpable. Terminadas las vacaciones me regresé a mi colegio de la Salle en Managua a continuar mis estudios.

## *VIII. Instituto Pedagógico La Salle*

***P***asé mi primaria con buenas notas. La secundaria fué un poco diferente en la forma de estudiar, había que dedicar más tiempo y los profesores eran más estrictos. En ese entonces, mi familia entró en una época de fuertes limitaciones económicas y veía cada vez más difícil el continuar mis estudios profesionales. Es por esto que en cierta forma y porque me gustaba agronomía, que decidí hacer el esfuerzo de estudiar en la Escuela Agrícola Panamericana (El Zamorano), en Honduras, escuela que gozaba de mucho prestigio y, lo mejor, otorgaban becas completas. Algo a mi favor era que mi mamá y mis tres hermanos,

Carlos Alberto, Roberto Enrique y Edgar José, estaban viviendo en Tegucigalpa. Mi familia me hacía mucha falta, con ellos siempre hemos sido muy unidos y yo me siento muy orgulloso de cada uno de ellos.

Pero regresemos al Pedagógico de Managua. En el segundo año de secundaria fuí escogido para ser comandante del batallón en los desfiles en que el colegio participaba. Recibí mi adiestramiento con oficiales de la Academia. Nuestro colegio era el más admirado en los desfiles. Hacíamos una "parada" donde llegabam 20 mil personas a vernos y aplaudirnos. Yo estaba muy feliz siendo el comandante. del Instituto Pedagógico de Managua.

En uno de los desfiles llevaba el cuarto pelotón y cuando llegamos a la plaza de la República, donde íbamos a asistir a una misa campal en compañía de los otros colegios religiosos de la ciudad, llevé mi pelotón junto al colegio de la Asunción (de mujeres, todas bonitas). Claro que tuve que romper un poco la organización y el orden del desfile. El hermano responsable de la disciplina del alumnado en el desfile se molestó conmigo y me regañó muy severamente delante de las niñas de la Asunción. Yo no le contesté nada, pero me puse delante de mi pelotón y les dí la orden de que cada uno podría irse a su casa. Así lo hicieron. Esto casi me cuesta la expulsión del colegio, pero gracias al director Hermano Eulogio solo me impusieron un fuerte castigo.

Cuando estaba en segundo año fui seleccionado para jugar fútbol con el equipo de segunda fuerza del colegio. Jugábamos en la liga intercolegial de Managua contra excelentes equipos de los colegios Bautista, La Salle (Diriamba), Centroamérica (Granada), Darío (Managua), la Academia Militar de Nicaragua, El Patria (Salesiano de Masaya) y otros. Este año fuímos los campeones nacionales. Vivía entonces en casa de mis tíos Pfaeffle, Guillermo y Amalia, en la colonia Mántica. Enfrente vivía el abuelo de un amigo (Javier Lacayo, el flaco). Cuando éste venía en vacaciones (estaba en el colegio Centroamérica de Granada) nos reuníamos los sábados, nos vestíamos de traje formal y

nos íbamos en el carro del abuelo a buscar fiestas de muchachas que cumplían 15 años. Siempre encontrábamos una. Javier y yo entrábamos como si hubiésemos sido invitados[8]. Lo primero que hacíamos era felicitar a los padres de la festejante y después íbamos a darle un abrazo a la cumpleañera. Teníamos tanto éxito que muchas veces terminábamos sentados en la mesa de honor. Lo bueno es que conocimos a muchas muchachas y que no gastábamos ni un sólo centavo ese fin de semana. Javier llegó después al Zamorano y se graduó. Siempre fuimos muy amigos.

Viendo la dificultad económica de mi familia, mi decisión de ir a estudiar al Zamorano se volvió una obsesión para mí. Así, cuando estaba por salir del colegio me fuí donde el Dr. Ramiro Arcia Marín, quien era médico del Zamorano, además de ser mi tío muy querido. Por ello, además de hacerme todos los exámenes, me dió una carta para la dirección de la escuela, recomendándome especialmente. Cuando estuve listo y con mis notas del colegio debidamente registradas y selladas por los organismos del gobierno, me trasladé a Tegucigalpa a ver si podía realizar mi sueño.

## *IX. El Zamorano*

***A*** mi llegada a Tegucigalpa me tomé dos semanas de vacaciones para festejar con mis amigos y prepararme mentalmente para mi próxima presentación a la Escuela Agrícola Panamericana (El Zamorano) y optar a ser un estudiante de Agronomía de este famoso centro de estudios.

Un viernes, en el carro de mi amigo Luis Eduardo y con él manejando, nos trasladamos al Zamorano o Escuela Agrícola Panamericana (E.A.P). Iba “echado a perder” con mi único traje entero,

[8] (N.E) Esta práctica posteriormente se conoció en Nicaragua como “paracaidismo”. Quien llega sin ser invitado, aún hoy, es un “paracaidista”.

había comprado una buena camisa blanca y lucía mi mejor corbata. Así me fuí a enfrentar a mi futuro. Apenas tenía unos meses más de los diez y seis años, pero me consideraba todo un hombre.

El Zamorano

Al llegar me fui directamente a la oficina principal y solicité a la secretaria que necesitaba que el Sr. Director me recibiera. Ella se levantó y al rato regresó y me comunicó que el Decano de la escuela me recibiría. Así fue. No se como lo hice, pero con mucha decisión y seguridad le expliqué el por qué tenía que estudiar y graduarme en la escuela. Todo parecía estar bien, creo que a él y a la secretaria les agradó mi agresividad y decisión. Al final me explicaron que ya estaban escogidos los ocho nicaragüenses que iban a ser estudiantes ese año en la E.A.P., pero que merecía una oportunidad y que podía hacer allí mismo los exámenes de admisión. Que si mi nota era superior de 82% podía ser admitido porque desplazaría al estudiante nicaragüense que había clasificado con esa nota. Hice los examenes en el escritorio que estaba en la secretaría y cuando los terminé los entregué y quedé esperando la respuesta. Después de dos horas, salió el secretario general y me felicitó: había obtenido 84% de nota promedio final y con eso ya estaba aceptado en la escuela. Además, tenía derecho a una beca total. Le pregunté cuándo debía presentarme y me respondió que tenía que quedarme desde ese momento. Pregunté que cómo hacía con la

ropa y me pidió avisar a mi casa. De cualquier manera, la escuela me entregaría lo necesario, uniformes, ropa de cama, etc..., para aproximadamente 30 días. Feliz, le avisé a Luis Eduardo y envié con él una lista de mis necesidades a mi mamá. Me entregaron una orden para el inspector Don Juan (español), para que me ubicaran ya que era un nuevo alumno. Cuando lo logré a localizar, me quedó viendo y me dijo lo siguiera. Me llevó a un cuarto de esquina de uno de los edificios para alumnos. Allí me presentó mi compañero de cuarto que resultó ser de Guatemala, estudiante de último año y de nombre Pablo Jordan. Según supe después, era una persona muy complicada y extravagante. ¡Y era verdad! El primer mes en que compartimos el cuarto lo único que decía buenos días y buenas noches, así que yo igual. Puse todo mi empeño para romper este tipo de relación y no lo conseguí totalmente. En la mañana cuando me dirigía al comedor, don Juan me dió una nota en la que me indicaba que tenía que presentarme a la 7 a.m. en el Departamento de Ganadería, sección de Alimentos. Cuando llegué me dirigí al jefe de esa sección. Era un profesor de nacionalidad inglesa, denominado en la escuela como de *Papo*[9]*.* Este señor me condujo de inmediato a la sección de toros, diciéndome que yo sería el encargado de alimentar a los ocho toros padrotes de la escuela, por la mañana y por la tarde, así como de mantener una limpieza absoluta de las cuadras de los mismos. Después nos encaminamos a la bodega, donde tendría yo que retirar cada día el concentrado para la alimentación de los animales, a los cuales señaló como amigables. Me explicó que los reclutas como yo trabajábamos en el Departamento de Horticultura y ornamentales, pero que como estábamos en el mes de vacaciones los muchachos del último año andaban en sus países de origen y usaban a los reclutas (con desprecio) para que los suplieran en sus trabajos, aunque, obvio "...dejábamos mucho que desear...".

[9] (N.E). Tonto.

Entre estos toros descollaba un enorme pardo suizo llamado *Andy*. Cada toro tenía su propio corral con su bebedero y su patio de paseo, que se comunicaban entre sí. Bueno, comenzé mi trabajo con mucho entusiasmo y con el deseo de hacerlo todo lo mejor posible. En los primeros días no tuve ningún problema. Incluso hasta me había encariñado con los toritos. No obstante, muy pronto comenzé a notar que *Andy* andaba muy nervioso, inquieto... Por prudencia fuí donde el *Papo* y le expuse cuán peligroso podría ser lavar el establo y alimentar al toro, agregando que era mejor sacarlo al potrero, etc... El profesor soltó una carcajada y me dijo que fuera valiente, que no había ningún problema, que no le llegara con esos cuentos ya que él era muy ocupado. Confiado y contento me regresé a mi trabajo. Con la firme decisión de mejorar mi rendimiento, me puse a limpiar el bebedero de *Andy* y en un santiamén el animal me embistió... No se cómo me escabullí y me dirigí a la puerta lo más rápido posible, pero no llegué a tiempo, él llegó primero y me levantó por los aires, tirándome al otro lado. Cuando pude salir revisé mi cuerpo. Todo el lado derecho estaba en pura carne viva. Lleno de sangre me fuí a la enfermería. El médico me curó y me envió a mi cuarto con quince días de descanso. A mí ya no me importaba nada. Me fuí a mi cuarto a preparar lo poco que tenía, dispuesto a regresar a mi casa. Estaba furioso, no podía quedarme en un lugar donde la vida no valía nada. Si así era el principio, al final me sacarían muerto de allí, pero antes iría pedirle cuentas al profesor *Papo*. Preparaba ya mi valija (que me había enviado mi mamá), cuando llegó a mi cuarto un compañero nicaraguense (Paul Atha Ramírez), quien estaba en el último año. Me regañó y me dijo que si me iba era que no tenía las agallas para ser zamorano, que tenía que hacerle frente a los problemas como un hombre inteligente, analizarlos y buscarles la solución adecuada. Que no podía dejar mal parados a los nicaragüenses que estudiabam en la E.A.P., ya que gozábamos de mucho respeto ante los otros estudiantes. Que lo pensara de nuevo y

que me quedara. Así lo hice, me quedé. A los tres días me presenté nuevamente a mi trabajo, pero el *Papo* me envió a mi cuarto hasta que cumpliera el plazo que el médico me había indicado.

Poco a poco fueron llegando los demás alumnos. En la última semana de mi descanso, llegaron los últimos. A los pocos días comenzaron las famosas novatadas del Zamorano. Son dignas de contar, veamos: una noche como a la 7 ½ p.m., estaba en mi cuarto cuando se presentó un tipo alto, rubio, ojos azules, vestido de blanco y con una chaqueta como la que usan los médicos y enfermeros. Me preguntó si ya me habían hecho los examenes médicos requeridos para mi aceptación final. Le respondí que ya había entregado todos mis papeles a la dirección de la escuela. No me contestó y me dijo que me tenía que hacer un chequeo, que me acostara en la cama y me levantara la camisa para poder revisarme. Tuve que hacerlo (ya en la puerta de mi cuarto había un buen número de alumnos observando), me pasó los dedos encima de mi barriga y dijo que sonaba muy mal, a podrido... Sacó una botella donde llevaba un purgante de aceite de castor y me ordenó que la tomara toda. Tuve que hacerlo. Después me hizo hacer ejercicios en unas argollas que estaban guindadas en mi cuarto, hasta que quedé agotado. Por último, me introdujo en el cuerpo una pasta dental de las pequeñas. Pasé varios días con diarrea, pero, debo decir, con una sensación de frescura muy agradable. Después supe que el tal médico era un estudiante de segundo año que acababa de regresar de vacaciones de Colombia y que le encantaba molestar a los *reclutas*.

Unos días antes de comenzar las clases, los *reclutas* teníamos que presentarnos en las noches en el “ring” de la escuela para el famoso bautizo zamorano. Allí teníamos que hacer lo que el moderador nos pedía. Solo así seríamos aceptados por todos. Esas cosas eran presentarnos, dábamos nuestro nombre, nacionalidad y explicábamos porque queríamos ser zamorano. Todos estaban allí, hasta los profesores con sus familias. El moderador nos decía que ya no nos

llamaríamos así. Le pedía al público nos buscaran un apodo que ligara con nosotros y el que escogían era nuestro verdadero nombre y teníamos que renunciar al que llevábamos. Había apodos muy denigrantes como: Pedo Negro, Culo de Puta, Gallo Cagado, Tórsalo. A un panameño muy feo le pusieron *Uy...uy...uy*... Así le dicen todavía en Panamá. A mí me trataron bien, me pusieron "Bucloso"[10]. Nos hacían contar un chiste o cantar. Cuando terminábamos nadie reía ni aplaudía. Después el moderador nos pedía que nos tiráramos a la piscina para ver si con el gran frío se nos quitaba lo bruto que éramos. Nos hacía llevar de un extremo a otro una pelotita muy pequeña, empujada con la nariz. Quien llegaba por último recibía un castigo. A todos se nos pelaba la nariz. Por cualquier motivo nos tiraban huevos podridos en cantidad. Nos ponían a boxear hasta ver sangre. Los gritos de la barra siempre nos acompañaba. Un nica le decía a un paisano *recluta* (como yo) "*Ese no es nica, es pendejo...*". Nadie se enojaba, éramos un solo grupo.

Por fin iniciaron las clases y los *reclutas* pasamos todos a trabajar en el departamento de horticultura, frutales y ornamentales. Por las tardes asistíamos a clases de laboratorios. Nos habían dividido en dos grupos. El estudio era pesado, pero los catedráticos tenían mucha capacidad y paciencia para explicarnos bien. Todos tenían Maestría y un alto porcentaje eran doctores (aproximadamente 60% P.H.D). En realidad, las clases eran muy entretenidas.

El trabajo es lo que más me afectó, pues era realmente duro. En los primeros días, con el uso del azadón, se me llenaron las manos de ampollas muy dolorosas. Tenía que reventármelas y me envolvía las manos con pañuelos para poder seguir trabajando. Incluso me tocó limpiar con pala durante una semana los desperdicios fecales de las vacas. Éstabamos conformando una abonadora. El mal olor se me

[10] (N.E) Habría que ver por qué ese apodo. Podría ser por el tipo de cabello (largo) o por el peinado (copete) o porque en Honduras, tal como lo consigna el Diccionario de la Real Academia Española, bucloso es: "*Hond.* Dicho de una persona: que por dinero, rango social o forma de vestir se cree superior a las demás".

impregnó de tal manera que no desaparecía ni siquiera bañándome varias veces al día. En el comedor comía solo, nadie se me acercaba por el tufo a boñiga que me cargaba. Pero fue una época muy linda, aunque muy dura. Dormíamos en camastros con forro de cuero de vaca, eran duros, pero después de un tiempo verdaderamente descansábamos en ellas (era prohibido usar colchón). Cada tres meses podíamos salir durante todo un día a Tegucigalpa, pero teníamos que llenar ciertos requisitos (notas y comportamiento). En la escuela los días pasan rapidamente con el estudio, el trabajo y todo lo demás que hay que hacer. La vida no era monótona. El horario iniciava a las 5 a.m. cuando debíamos levantarnos y finalizaba a las 10 p.m cuando debíamos apagar las luces del cuarto. En esas horas comprendidas en ese horario, teníamos clases, trabajos, deportes, laboratorios, etc....

Los domingos teníamos libre. Las vacaciones del año eran 15 de septiembre, 1 de enero, 25 de diciembre y los 21 días de vacaciones al terminar el año lectivo. La colonia nicaraguense recuerdo que estaba compuesta por:

| | |
|---|---|
| Paul Atha Ramírez | Silvio Rodríguez |
| Emilio Vargas Guzmán | Jorge Callejas |
| Roberto Marenco | Eduardo Ramírez |
| Roberto González Ramírez | Alejandro Ramírez |
| Mario Prado | Bayardo Ríos Montiel |
| Enrique Najlis | Buanaventura Rappaccioli |
| Mario González | Óscar Sugráñez |
| Pedro Bustillo Lacayo | Javier Lacayo |
| Guillermo Sánchez | Ricardo Pasos Marciaq |
| Celebertti Oliu | Adolfo Sánchez |
| Frank Bendaña | Eduardo Santamaría |
| Ramón Lobo Moncada | Roberto López Callejas |
| José Antonio Carcache | Edmundo Ochomogo |

Éramos un buen grupo y entre nosotros había buena amistad y compañerismo. Tuve un excelente grupo de amigos con los cuales cultivé una excelente relación (nos ayudábamos y nos protegíamos mutuamente).[11]

En mi año de *recluta* tuve momentos muy difíciles, era muy joven y me molestaban mucho. Cuando, por ejemplo, iba con mi comida, al sentarme en las mesas reservadas para los reclutas, se me acercaban alumnos de años superiores y escupían mi plato. Después preguntaba si me lo iba a comer. Al decirlo yo que no, el otro decía: - *dámela que yo sí me la como*. Ese día me quedaba sin comer. Con el tiempo fui aprendiendo: al servirme y dirigirme a mi mesa escupía el plato, así nadie volvió a querer quitármelo. Otra broma que nos hacían los estudiantes del último año es que en la madrugada, antes de ir a ordeñar, abrían las puertas de nuestros cuartos y nos tiraban baldes de agua fría encima de nuestras camas. Es una sensación muy pero muy estresante. Por eso, tomé la determinación de acabar con las bromas para conmigo de una sola vez y lo hice. Había un estudiante muy fuerte y que no hablaba casi con nadie. A pesar de ser *recluta* nadie lo molestaba y lo respetaban mucho. Era Celeo Mujica (hondureño, miskito). Pensé que si tenía un cruce de golpes con él, me ganaría el respeto de todos. Así lo hice. Cuándo estábamos en el trabajo comencé a tirarle chifletas fuertes para que se enojara. Al comienzo solo me quedaba viendo hasta que le insulté su raza (en realidad era una mezcla de negro con miskito). Se enojó y me retó a los golpes a la salida del trabajo, en los frutales y llevando cada uno a su padrino, pues así se hacíamos en el Zamorano. Acepté y nombré a un paisano nica. Por

[11] (N.A) Estaba formado por Hugo Chiriboga (ecuatoriano), Carlos Estrada (colombiano), Julio Bianchi (guatemalteco), Dimitri Sucre (panameño), Milton Zucarino (cubano), Cacaíto Pellerano (dominicano), Marco Antonio Madriz (tico), Guadalupe Fajardo (hondureño), Celeo Caéfas (hondureño) y por los nicaraguenses, pero especialmente por Óscar Sugrañez, Javier Lacayo, Pedro Bustillo, Ricardo Pasos, Frank Bendaña y Roberto López.

supuesto el pleito se concretó a dos golpes, el que Celeo me dió y el mío a caer a tierra. Lo básico fue que tenía las agallas para enfrentarme al propio Caifás. Desde el día siguiente nadie me volvió a molestar. Se corrió la voz entre los zamoranos que el Bucloso se había agarrado a los *vergazos* con Caifás. Al tercer día fuí donde Celeo y le expliqué las razones de mi actitud, agregando que yo nunca lo insultaría, que me sentía muy orgulloso de su raza (la mayor parte radicada en la Costa Atlántica de Nicaragua) porque habían aportado mucho por mi país que era también el de ellos. Fue muy comprensivo, aceptó mis disculpas y me dijo que estuviera tranquilo pues nadie más me molestaría en la escuela y que en caso de necesidad él me protegería.

En mi año de *recluta* tuve tres compañeros de cuarto además de Pablo. Al primero, un ecuatoriano, lo *premiaron* (expulsaron en la jerga zamorana) a los seis meses por mal alumno. El segundo, de Cuba, se dedicó más a las mujeres que al estudio: todos los domingos veía a una joven diferente de Tegucigalpa, la que llegaba a la escuela con regalos para él. No sé como lo hacía. Que yo recuerde nunca fue a Tegucigalpa. A este también lo *premiaron* de la escuela por mal alumno. Realmente era todo un chulo. Estuvo menos de un año en el Zamorano. El tercero, hondureño, era una gran persona y buen amigo, pero tuve que cambiarme de cuarto porque tenía por costumbre darme fuertes palmadas en la espalda por cualquier razón. Le dije que si seguía de compañero de cuarto con él, iba a terminar tuberculoso. Me pidió disculpas y se mudó a otro cuarto con un paisano. Con él mantuvimos nuestro compañerismo y amistad. Llegó a desempeñar grandes puestos en Honduras. Fue ministro de Agricultura, Presidente de Banadesa y otros. Siempre me hablaba y varias veces me llegó a ver a San Pedro Sula (allí residí por largo tiempo). Después, se pasó a mi cuarto Hugo Chiriboga, ecuatoriano, con quien hicimos una gran amistad. Nunca tuvimos problemas. Era muy educado y un caballero. Siempre quise reunirme con él, pero nunca pude. Ahora supe que murió.

Un día de tantos iba al comedor y detrás de mí venía un grupo de *reclutones* (segundo año). Adelante iba caminando una persona sin el uniforme zamorano, camino también del comedor. Era chiquito y flaco. Los *reclutones* se me acercaron y me dieron la orden:

- *Recluta, vaya a pagarle en las nalgas una buena patada a ese recluta que acaba de llegar, por bruto*.

No ví ningún problema, era como desquitarme un poco todo aquello por lo que había pasado. Así que me acerqué y cuando estuve detrás de él, le dí un patadón de lo más fuerte. El hombre casi se cae al suelo. Cuando reaccionó se volvió hacia mí me quedó mirando y me dijo:

- ¿*Sabe usted quien soy yo*?

Me sonreí y le respondí:

- ¡U*sted es un recluta, hijo de*...!

Me vio fijamente al tiempo que decía:

- P*ues se equivocó, soy el doctor Mario Jalil, ex alumno del Zamorano*. Comprendió que me habían enviado. No tomó ninguna venganza en las clases. Fué un excelente catedrático. A mí nunca me llamaba por mí nombre, solo me decía *el futbolista que venga*. Guardo un buen recuerdo de Mario Jalil.

Mis clases y mi rendimento del primer año fué aceptable. Sabía que me jugaba allí mi futuro. Además, me gustaba ser Zamorano. Sentía que mi cuerpo se estaba volviendo fuerte y musculoso y que mi carácter sufría cambios positivos. Me volví popular entre mis compañeros y tenía un poco de liderazgo. Si tenía problemas con mi trabajo, siempre tenía quien lo hacía por mí, nunca me dejaron solo. Pero nunca iba a Tegucigalpa, donde tenía muchos amigos y amigas. Ahora, con uniforme de Zamorano, estaba seguro que mi vida sentimental iba a enriquecerse. Así que me armé de valor y fuí donde el decano, Dr. Levis Williams, para exponer algo que los alumnos deseaban (todo era un plan personal mío). Me recibió en su oficina y le informé que queríamos formar un comité de alumnos que sirviera de

intermediario entre la direción y el alumnado. Indiqué que podíamos ayudar en los diferentes festejos que se realizaban en la escuela. Que no intervendríamos en los problemas de disciplina y que cooperaríamos con el profesorado en forma general siempre y cuando ellos lo decidieran así. Le gustó la idea, especialmente la de organizar las fiestas y hacerlas más de acuerdo con la política de la escuela. Me dijo que necesitábamos llevar de invitadas a las jovenes decentes de Tegucigalpa y Danlí, pues estábamos muy desacreditados en ese aspecto... que solo llegaban las niñas del “circo”, como las llamaban los zamoranos. Todo era muy cierto y no exageraba el Dr.Williams. Las jóvenes que los alumnos invitaban eran un elemento muy alegre y muy liberado. Algunas tenían su novio en el Zamorano y cuando este se graduaba, simplemente se metían con otro. Todas tenían sus apodos: “la engañadora”, “la dedo gordo” (chiquita de tamaño), “la flaca”, “la licuadora”, “la peor es nada”, etc... No eran malas personas, eran muchachas enamoradas del uniforme del Zamorano y hacían su vida sentimental con los alumnos de la escuela.

El Dr.Williams aceptó mi propuesta y me dijo que cada curso tendría a dos alumnos como representante en el Comité. Solo pidió que en la fiesta que los del último año le dedicaban a los *reclutas* como bienvenida, el Comité no tendría ninguna injerencia. Aceptamos. Posteriormente, por los reclutas fuimos nominados el ecuatoriano Fernando Fernández de Córdoba y yo. Con esto, mis oportunidades de salir a Tegucigalpa se me triplicaban. Pero no era suficiente, tenía que ver todas las alternativas. Me di cuenta que el Director de la escuela (Don Wilson Popenoe) a las 5 p.m. se sentaba en su terraza y se tomaba un buen numero de cervezas. Con las cervezas se volvía muy bondadoso. Un día, como a las 6 ½ p.m., me fuí para su casa y logré hablar con él explicándole que tenía urgencia de un permiso para poder viajar a Tegucigalpa para el siguiente sábado. Siempre le daba a conocer el motivo, sin exagerar. Todo era inmaginario, pero me

funcionó siempre. Él me autorizaba y me firmaba un permiso que yo tenía el cuidado de llevar siempre. Después, el Dr. Popenoe al verme en la escuela me saludaba por mi nombre (¿Hello, Joe, como estás?), lo cual me daba mucho prestigio entre los alumnos y algunos profesores. Por supuesto, eso nunca le gustó a Don Juan, el español encargado de las autorizaciones de los permisos, pero no obstante, cuando le solicitaba un permiso de inmediato lo aprobaba pensando quizá que yo mantenía una amistad muy fuerte con el doctor Popenoe. La verdad sea dicha: unicamente yo conseguía permisos autorizados por el Director.

VIVIENDA DEL DOCTOR POPENOE EN EL ZAMORANO

La famosa fiesta que los alumnos del último año ofrecían a los reclutas como bienvenida la hacían a los tres meses más o menos de haberse iniciado el curso. Un mes antes comenzaban a contarnos lo bueno que era esta fiesta. Nos decían que llegaban muchas muchachas de Tegucigalpa y Danlí. A los reclutas hondureños le pedían que invitaran con tiempo a sus novias y hermanas. Que nosotros mismos seríamos el comité de recebimiento y que traerían la mejor orquesta de El Salvador. Este día tendríamos que estar en el auditorio del edificio principal, con el uniforme nítido, las uñas bien limpias, aseados, peinados,

con los zapatos lustrados, etc... Ellos querían que tuviéramos la mejor fiesta y que así los recordaríamos siempre... Todos se veían muy ansiosos y contentos. Ya nosotros nos veíamos del brazo de una linda jovencita bailando, enamorándola, agarraditos de las manos y después ¡Quien sabe...! Estábamos desesperados para que llegara el día de nuestra de nuestra primera fiesta en la E.A.P. El programa era el siguiente: a) recibimiento, b) paseos por la escuela y piscina abierta para los invitados, c) suculento almuerzo de 12 a 2 p.m., y d) baile del 2 a 6 p.m con marimba (tocaría el conjunto de los alumnos del Zamorano). En fin, todo se veía muy bien. Y como todo día llega, amanecimos muy contentos el domingo de la fiesta. Los alumnos del último año eran tan buena gente que llegaban a los cuartos de los reclutas a ayudarnos a ir lo mejor posible. Algunos hasta llevaban perfumes para ponernos y oler mejor... Nos revisaban las uñas, el peinado, enfin, parecía que ibamos a “debutar”. Nos trasladaron desde las 7 a.m. al Zemurray Hall (edificio principal) ya que nos habían informado que allí nos darían las orientaciones de cómo debíamos atender a los invitados. Todos estábamos felices y ansiosos, muy agradecidos con los del último año.

A las 8 a.m. se aparecieron dos camiones de la escuela con los alumnos del último año en ellos. Al llegar a nuestro lado, se bajaron con una expresión de seriedad en sus rostros. Nos pidieron que hiciéramos una sola fila. Así lo hicimos y nos entregaron una navaja a cada uno de nosotros. Uno de ellos nos dijo: - *Reclutas*, van todos para *Suinope* a pasar el día allá. La navaja es para que pelen las naranjas que serán su almuerzo. Son las mejores naranjas de Honduras y allí se las regalarán. No se preocupen por sus novias, amigas, hermanas, que nosotros las atenderemos y les diremos que ustedes andan en una gran misión. Y allá nos fuímos en los camiones, nadie hablaba. El pueblo de Suinope queda relativamente cerca y es muy bonito. A las 6 p.m. regresaron los

camiones y volvimos a la escuela. Pasamos directamente al comedor y después a nuestras habitaciones. ¡Esa fue nuestra fiesta inolvidable!

Al día siguiente se escucharon los comentarios de los alumnos que habían participado de la memorable fiesta. Por supuesto, los 86 reclutas que éramos, solo oíamos. Nadie preguntaba nada. Nos sentimos humillados, tristes y con deseos de venganza, pero nada podíamos hacer: ellos mandaban, nosostros éramos solo los reclutas. A pesar de todas esta novatadas, siempre en los aspectos de estudio y trabajo podíamos contar con la ayuda de los alumnos de años superiores, especialmente de los nicas. En el Zamorano no importaba quien eras, ni siquiera si éramos ricos o hijos de algun personaje. Lo que realmente tenía valor era que fuéramos un verdadero Zamorano, fiel, trabajador y dispuesto a mantener en alto la bandera de la escuela. Había una verdadera integración latinoamericana. Habían alumnos de Colombia, Cuba, República Dominicana, México, Panamá, Ecuador, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Venezuela, Perú y Bolivia. Llegaban también profesores y estudiantes norteamericanos para aprender sobre sobre agricultura tropical.

Cuando terminé el primer año y pasé al segundo ya no éramos todos los que habíamos llegado: 22 de los nuestros habían sido *premiados* por malos estudiantes. En el Zamorano no se podía recuperar ninguna clase aplazada. Pasabas todas las clases menos una y te sacaban de la escuela, salvo que en todas tus clases aprobadas sacaras una “B”, podían darte la oportunidad de recuperar una clase. En relación a la disciplina existía el sistema de *deméritos* y faltas leves. Tres *deméritos* eran suficientes para expulsarte de la escuela, 5 faltas leves hacían un *demérito*. Al final solo nos graduamos 36 alumnos. Los nicas fuimos los únicos que entramos ocho y nos graduamos ocho, teniendo uno de nosotros (Frank Bendaña) el alto valor de ser el mejor alumno, por lo que se ganó una beca para continuar estudiando en Florida, E.U.A.

Después de pasar mis vacaciones de 21 días en Tegucigalpa, regresé para cursar mi segundo año (*reclutón*), el más duro y difícil. Nos tocaba el área de cultivos extensivos. Recién comenzando el curso se originó un problema entre varios estudiantes y varios de los cocineros de la escuela. La dirección tomó el partido de los cocineros. Esto hizo que todos los estudiantes entráramos en rebeldía y nos levantamos en huelga. Al atardecer nos reuníamos todos en el patio y tomando cada uno dos piedras, una en cada mano, la chocábamos con fuerza una contra otra (igual a lo que aparece en la película “Emiliano Zapata”). El ruído producido daba temor. Después hacíamos fogatas con la ropa de cama que la escuela nos facilitaba. Al día siguiente, al no recibir ninguna respuesta de nuestras solicitudes (retiro de tres cocineros), decidimos ir a Tegucigalpa y hacer público a través de los periódicos el problema. Íbamos a irnos a pie (36 kilometros). Cuando el primer grupo iba a salir de la escuela llegó el Director, Dr.Wilson Popenoe y nos dijo:

- *¡Muchachos, al primero que pase los límites de la escuela mejor que se lleve todas sus cosas y se marche de una vez a su casa, ya no podrá regresar y si van todos quiero que sepan que tenemos más de 3 mil solicitudes de jóvenes que quieren estudiar en esta escuela y pasado mañana estarían aqui!*

Dió la vuelta, se subió a su carro y se fue. Nadie habló. Poco a poco, uno a uno se fue caminando a su cuarto. Es importante saber que la mayoría de ticos y ecuatorianos se escondieron para no participar. Al día siguiente todo entró a la normalidad.

Un fin de semana tuve la felicidad de que mi hermanito menor, Edgar José, conviviera dos días de mi vida de estudiante (fin de semana). Conseguí un permiso con el Dr. Popenoe para que Edgar durmiera en mi cuarto una noche. Eso que tenía 4 o 5 años de vida.

¡Fue genial! El hombrecito se portó como todo un Zamorano. Lo mejor de todo fue en el momento del baño. En nuestra ala del edificio habían 12 cuartos y teníamos 10 inodoros con 10 lavamanos, todo en un solo salón. Los baños no tenían ninguna separación uno de los otros. Nosotros nos poníamos la toalla alrededor de la cintura y llevábamos en la mano el champú y el jabón. Nos bañábamos varios a la vez. Esto lo hizo igual mi hermanito Edgar. No se inmutó ni perdió su comportamiento cuando le llegó su turno de baño. Se quitó la toalla y sin ningun problema se metió a su regadera. Aceptó una o dos bromas sobre asuntos de medida, solo se sonreía y no le daba importancia al asunto. Me llenó de orgullo, todos fueron sus amigos y lo trataron como que fuera mayor y compañero Zamorano. Cuando regresó a Tegucigalpa siempre me preguntaban por él y me pedían que lo volviera a llevar. Creo que fué una buena experiencia para él.

Los del comité tuvimos mucho éxito y realmente cambiamos el perfil de la escuela en lo relacionado a la parte social. Yo comencé trabajando con tres amigas, hijas de los embajadores de Guatemala, Nicaragua y El Salvador. A través de ellas logramos que la Escuela Americana de Tegucigalpa aceptara una invitación para que un domingo visitaran la escuela. Llegaron tres veces y fueron atendidas espléndidamente: almuerzo, piscina, caballos y deportes en general. La pasaron muy bien. Además, logramos que llegaran clubes juveniles como la Cámara Junior. También, que los padres de los hondureños llegaran con mayor frecuencia a visitar a sus hijos. Varios embajadores llegaban algunos domingos  y los zamoranos de su país se encargaban de atenderlos. Las fiestas eran formales, alegres y decentes. Un domingo llegó a buscarme Mario Prado (El mono), nicaragüense del último año, para invitarme a comer pollo donde el “Cubano”, como a 2 kilometros de la escuela. Hacía el pollo al pastor y eran riquísimos. Esta gira se tenía que hacer tomando todas las precauciones pues el Cubano estaba fuera de la escuela. Aunque no tenía ningún interés en ir,

acepté. Pero al llegar pude ver que habían tragos, una gran cantidad de tragos y yo, pese que no bebía, esa vez lo hice para no desentonar... Cuando quise levantarme, no pude, todo me daba vueltas. Mario pagó y me dijo vámonos, tenemos que regresar a la escuela. Traté de seguirlo y no pude. Estaba totalmente borracho. La suerte fue que estaba también en ese lugar un compañero del último año, guatemalteco, alto y fornido, quien se ofreció para cargar al *bucloso*. Me cargó como un saco de papas, cruzado encima de su hombro. Poco antes de llegar a la escuela se detuvo y me hizo vomitar. Así me sentí mejor y logré llegar sin problemas a mi cuarto. Me bañé y me acosté. Yo, José Luis, nunca más volvería a tratar de demostrar algo y toda la vida le tengo un agradecimiento muy especial a Manuel Cotero, de Antigua Guatemala. El mono Prado me iba a dejar allí.

Un lunes se me acercó el inspector Don Juan y me pidió que al día siguiente en la dirección deseaban hablar conmigo. Esto es grave, pensé. No pude dormir esa noche pues no sabía lo que el destino me deparaba. Pensé incluso que se habían dado cuenta que le había ayudado a un paisano y amigo a meter a su novia al cuarto... Ella andaba con un par de amigas y había venido a ver a su amado. Esto lo podíamos hacer porque mi amigo no tenía compañero de cuarto pues lo acababan de expulsar.

A las 8 a.m. me presenté en la dirección y ¡oh alegría!, no era nada negativo, al contrario, me comunicaron que dentro de dos semanas el vicepresidente de los E.U.A., Richard Nixon y Patricia, su esposa, nos visitarían en el Zamorano.

La dirección quería que yo con tres compañeros más fuéramos la comitiva que iba a recibir la Sra. de Nixon. El ecuatoriano Fernando Fernández de Córdoba, con alto nivel de inglés, fue el designado para llevar la voz cantante. Cuando llegaron los Nixon se les brindó la mejor recepción. Su esposa fue muy amable con nosotros. El Sr. Nixon fué posteriormente presidente de los E.U.A[12] y famoso por su renuncia por el “Watergate”.

En mis estudios iba muy bien y aunque en el trabajo no era de los mejores ponía todo mi empeño para sacar una calificación de 80% mínimo. Sigo creyendo que se nos exigía mucho en esfuerzo. Siempre trataba que los trabajos más faciles me lo dieran a mí. Nunca fuí fanático del trabajo, pero tampoco me rehusaba o hacía mal mis responsabilidades. En general me sentía muy a gusto en la E.A.P: era un 100% Zamorano. En los primeros meses del segundo año conocí a una bella joven de Tegucigalpa, con quien tuve por largo tiempo una relación sentimental que me ayudó soportar el sacrificio que se hace cuando se está interno en un lugar como la E.A.P. Fue una relación

[12] (N.E) Tomado de Wikipedia: Richard Milhous Nixon (Yorba Linda, California; 9 de enero de 1913 – Nueva York, Nueva York, 22 de abril de 1994), conocido como Richard Nixon, fue el trigésimo séptimo presidente de los Estados Unidos. Ha sido el único hasta la fecha en dimitir del cargo.

llena de buenos sentimientos y de alto valor. Ella tenía la costumbre de escribirme un poco diariamente. Al terminar la semana, tenía una carta de muchas páginas, con toda la información acaecida en Tegucigalpa, de lo que a mí me pudiera interesar. Yo le escribía dos cartas semanalmente informándole de mi vida en la escuela. Así ambos sabíamos todo lo del otro y nos sentíamos más juntos. Fué una relación que pudo haber llegado hasta el matrimonio, pero obviamente no fue así. A buen tiempo nos dimos cuenta que no éramos completamente afines y así nos evitamos un probable fracaso que nos hubiera hecho mucho daño. Ella se casó, formó una linda familia y yo encontré mi realización total con mi bella esposa Yadira, con la que he formado una muy especial familia, llena de amor y respeto.

Los *reclutones* (estudiantes del segundo año) teníamos que llenar tres grandes silos de trinchera en el lapso de dos semanas. Si se lograba hacer en menos días, la E.A.P. nos daban los días de diferencia de vacaciones (en trabajo), ésto por reconocimiento del gran esfuerzo que los alumnos hacían. Los que en el pasado había hecho esta labor, a lo sumo habían logrado terminarla en 10 días. Cuando nos tocó a nosotros, los de la clase 57, se despertó una euforia generalizada. Todos querían hacer lo que nadie había conseguido: llenar los silos en 7 días. Era un esfuerzo de titanes. Lo más sorprendente es que todos deseábamos hacerlo, encarar el reto. Sabíamos que teníamos que trabajar al máximo y dentro de una organización perfecta. Trabajamos hasta quedar exhaustos y maltratados. Dimos más de lo que podíamos, pero al final lo logramos. Al séptimo día, a las 6 p.m., estábamos entregando la labor completamente terminada. Nos sentíamos como héroes. La dirección de la escuela nos felicitó y bautizaron con un nuevo nombre la clase 57: “La única”. Por eso si le pregunta a un graduado de la 57 solo dirá: “Yo soy de la única”.

Hay pasajes que se nos quedan grabados en la mente y nunca los olvidamos. Recuerdo que una vez que íbamos para el trabajo, Hernán

Arriaga nos dijo: - sólo me falta una falta leve y aún me falta un año en esta escuela, si se descuidan me voy a graduar. Y así fue, hoy es un magnífico profesional.

Al fin, después de muchos sacrificiosy de muchos esfuerzos terminamos nuestro año de reclutón. Todo me salió bien y pasamos al mejor año. Después de nuestros 21 días de vacaciones, iría a ganadería (diversos departamentos), cerdos, hacer quesos, caballos, jamones y producción de miel. Nuestra posición como estudiantes mejoró, era más segura. En fín seríamos los reyes de la escuela. Al inicio del curso se presentaron en la escuela unos representantes de la FAO para ofrecernos en curso libre una nueva tecnología para fecundar el ganado. Era la inseminación artificial. El curso era por un año y recibiríamos las clases y prácticas los sábados y domingos.

Muchos de nosotros lo tomamos y obtuvimos el certificado acreditándonos como técnicos en inseminación artificial. Los profesores fueron tres veterinarios italianos muy buenos. Todo estuvo muy bien. Lo malo es que nunca me sirvió, nunca trabajé en eso. Ahora muchas de esas técnicas están obsoletas.

Tuvimos de profesor a un doctor en Biología, graduado en “La Sorbonne”, Paris, salvadoreño, muy educado, ceremonioso y elegante. ¡Un excelente profesor! Nos llamaba de señor Tal o a los señores tales. Los demás catedráticos nos llamaban por nuestros apellidos y algunos nos decían nuestro apodo. Un grupo se puso de acuerdo de sacar de sus

casillas al doctor. Cada vez que alguién decía una palabrota o hacía un ruído conocido, al preguntar el profesor quien había sido, en coro le contestábamos: ¡f*ue un salvadoreño, profesor!*. Él no decía nada y se quedaba callado. Al describir la vida de algún insecto, el profesor decía que esos insectos ovopositan en los lugares húmedos y obscuros, a lo que nosotros preguntábamos en coro: ¿*como el culo de la vaca, profesor*? Después de varios días con esto, el profesor perdió su educación, caballerosidad y respeto. Cuando se le volvió a contestar "como el culo de la vaca", nos respondió: yo no hablo de los lugares ocultos, obscuros y húmedos de los miembros de sus familias. Aquello fué lo más grandioso, todos se reían y gritaban echando vivas al profesor. Después de eso, el profesor, "Tío Meme" como le decíamos, se volvió muy popular y querido. Años después fué ministro de Agricultura de El Salvador. A mí, me nombraron jefe de la sección de cerdos y estuve allí como 60 días. Mi aprendizaje fue muy bueno.

A medida que se iba acercando mi graduación tenía más conciencia de la importancia que era para mi futuro inmediato saber escoger mis alternativas. Lo que deseaba era seguir estudiando hasta obtener una maestría, pero sabía que tenía que trabajar primero para recoger el dinero para mis próximos estudios. Cuando me faltaban tres meses para graduarme, me llegó una oferta de trabajo en San Pedro Sula en un programa de inseminación artificial, de dos años. Lo valué y lo rechacé. Posteriormente, con Paco Bendaña tuvimos una oferta de trabajo en las Industrias Químicos Agrícolas S.A. de Nicaragua (TOWICO). Ambos aceptamos. Era más o menos lo que yo quería. Además, después de cierto tiempo ellos se encargaban de mandarnos a Estados Unidos a estudiar dentro de lo que ellos necesitaban. Íbamos a formar parte del departamento técnico de la compañía, dando asistencia a agricultores en todo el país. Esta compañía era quizá la segunda más fuerte de Nicaragua. Firmamos contrato y comenzaríamos un mes después de la graduación. Dos meses antes de la graduación

expulsaron a un compañero ecuatoriano, hijo de franceses, llamado Marcelo Moucheron, por razones que nunca supimos. Marcelo fué el último *premiado* de nuestra clase 57 “La única”. Lo sentimos muchísimo y todavía no me parece justo. Moucheron era un excelente alumno y buen amigo. Ojalá esto no le haya afectado en su vida y goze del éxito y paz que se merece.

En el Zamorano había diferentes tipos de alumnos y aunque había una estricta disciplina siempre ocurrían cosas difíciles de creer. Relataré algunas anecdotas al respecto. Tuvimos un dominicano, quien aprovechando un descuido del profesor, un estadounidense con el que él tenía problemas, le dejó ir un golpe en el ojo izquierdo tan bien dirigido que lo morado le duró por mucho tiempo. Lo más sorprendente es que no lo expulsaron. El mismo profesor se negó a que se tomaran represalias en contra del alumno, aduciendo que podría tener razón y que además el muchacho pegaba muy duro. Un profesor colombiano muy querido y respetado por nosotros era, además de catedrático, el encargado D.T. del equipo de básquet de la escuela. Una vez que el equipo fué a jugar a Tegucigalpa contra la Universidad, al irles ganando comenzaron los gritos y las ofensas. Aquello estaba llegando al clímax. De la escuela andaban solo como 40 a 45 alumnos, haciendo barra. En un momento, el profesor, sin tomar en cuenta la cantidad de universitarios presentes, les dijo a los zamoranos que ya era hora de hacer callar a esos imbéciles. Se armó una memorable batalla. No se quien venció, pero los nuestros combatieron como superhombres. Por supuesto, al Zamorano lo expulsaron de la liga intercolegial mayor de basquetbol y el profesor fué el heróe principal de la E.A.P. por elección popular. Un domingo, un estudiante del último año, de Guatemala, después de estar ingiriendo licor abundantemente, se recordó a eso de las 6 p.m., que había tenido problemas con un profesor. Localizó al profesor y le dijo que lo iba a moler a puñetazos. El profesor salió corriendo y el otro iba detrás, intentando alcanzarlo. Después de 1 ½

hora de esa carrera maratónica, la situación seguía igual. Fuimos testigos oculares de ese maratón. El profesor fué el vencedor, el alumno nunca pudo alcanzarlo. La dirección de la escuela llamó a la policía nacional de Honduras y entre cuatro uniformados pudieron agarrar a este último. Al día siguiente fué expulsado (le faltaban 45 días para graduarse). Otra anécdota: una noche el Director de la escuela oyó ruido en el cuarto de la empleada. Al abrir la puerta se encontró con un alumno nicaragüense que se encontraba haciendo el amor con la empleada. Varios profesores llegaron a apoyar al Director. Cuando le preguntaron que hacía allí quedó mirando directamente a los ojos de sus captores y dijo: - ¡*estoy en la cárcel, me quieren matar, sálvenme, sálvenme*...! Se tiró al suelo y comenzó a gritar llamando a su madre para que lo salvara. Los profesores lo enviaron a Tegucigalpa donde un siquiatra lo entrevistó y supuestamente lo curó. Regresó al Zamorano, a sus estudios, una semana después. Se graduó. Todos sabemos que de loco no tenía nada. Estas solo son algunas de las cosas que con mucha frecuencia pasaban en la escuela. En cierta forma era como la sal que se pone en los alimentos. Todo esto nos ayudaba a enfrentar los problemas y nos daba más seguridad en nuestros valores ante la vida. Cuando nos faltaban 100 días para graduarnos, decidimos un grupo de compañeros ir a dar Gracias a la Virgencita de Suyapa, recorriendo los 30 kilómetros que aproximadamente había entre la E.A.P. y la Basílica de la Virgen. Conseguimos el permiso con la dirección de la escuela y salimos a la 3 a.m. para la iglesia. Cuando llegamos estuvimos una hora en la Basílica y nos regresamos en un busito al Zamorano.

Logré comprar a través de la escuela varios excelentes libros sobre temas agrícolas. Salían más baratos porque la escuela no pagaba impuestos y nos vendía con un 30% de descuento. En mi caso, aunque recibía poco dinero para mis gastos, siempre andaba lo suficiente o más. Nunca pasé problemas con esto. Los domingos me iba al club donde a escondidas apostábamos en el billar. Jugábamos mesas de 10,

20 y 30 lempiras. Yo jugaba bien y para apostar lo hacía con jugadores inferiores a mí. Siempre hay jugadores mediocres que les gusta perder su dinero. Había veces que ganaba un poco más de 300 lempiras. Era muy raro que perdiera y manejaba dinero más allá de mis necesidades. Al finalizar los exámenes finales me sentí muy satisfecho conmigo mismo: había superado las dificultades y logrado salir adelante en mi proyecto. Me costó mucho y tuve muchas dificultades para vencer, pero lo había logrado. Sabía que había hecho buenos exámenes y que tenía derecho al "cartón" que nos daba la E.A.P. En el último examen, que era de inglés, tuve un gran tropiezo y si no es por el cariño y la comprensión de mi profesor, Dr. Louis Williams, no hubiera pasado. Había un examen escrito y uno oral. En este último, uno escogía un papelito y leía para sí mismo el tema. Cuando el Dr.Williams preguntó qué tema había sacado, me le acerqué y muy bajito le dije: - ¡*Doctor, ni en español puedo hablar 15 minutos sobre este tema, menos en inglés*! Él tomó el papelito, lo leyó y me dijo la frase salvadora: - ¡*Qué suerte la suya, Joe, te tocó hablar sobre tu país, comienza ya!* En realidad, el tema que me había tocado era el origen de la rueda. A mí ya se me salían las lágrimas. Por supuesto me calificó con 79% de nota final (mi promedio era 82%), pero toda la vida le voy a agradecer a este profesor lo que hizo por mí. Es posibe que como él y su esposa me invitaron varias veces a comer a su casa y dialogábamos sobre diferentes temas, me puedan haber tomado cariño. ¡Son personas que nunca se olvidan!

Llegó el día de la graduación. Fué muy emotiva y de mucho nerviosismo. Nos reunieron en un salón y allí fué la despedida. Vino el intercambio de direcciones, los abrazos y las promesas de volvernos a ver, por lo menos cuando tuviéramos 25 y 50 años de graduación. A muy pocos he vuelto a ver. De 86 en primer año, nos graduamos solo 34 y yo, José Luis Chamorro era uno de ellos y con un magnífico promedio de 84%. Reuní a muchas de las personas que más he amado, a mis padres, mis tíos, algunos de mis amigos de Honduras, a mi novia.

Cuando me llamaron a la tarima para darme el título, me temblaban las rodillas, sentí un cúmulo de emociones díficil de describir. Mis hermanitos que vivieron esta emoción conmigo, creo que les dí un buen ejemplo y les hice sentir orgullosos, aunque después salieran mejor que yo. Esa noche fue de mucho sentimiento para mí. Con tres de mis amigos y sus novias nos fuimos a festejar a un famoso club que había en Tegucigalpa, el *Rainbow*. Cuando estábamos allá se me acercó un amigo de mis tíos Meyer, que se llamaba Tony Morlock. Era italiano, me felicitó y me dijo que cantaría una canción en mi honor. Subió al estrado donde estaba la orquesta y cantó con una voz muy romántica la canción italiana “Torna Sorrento”. Son los detalles que llegan al corazón.

Haciendo un análisis de mi vida hasta aquí, creo que tras mucha dedicación y esfuerzo, sin dinero y poniendo más de lo que realmente podía, había salido adelante. Puedo decir con gran orgullo que me gané el respeto y el cariño de muchas personas. Estuve tres semanas de vacaciones en Tegucigalpa. A mediados de enero de 1957, me incorporé al equipo técnico de la TOWICO en Managua. Fué mi comienzo para aplicar lo que había aprendido con tanto sacrificio.

Era un nuevo comienzo para mi vida, mi futuro que ahora comenzaba...

**FIN**

Pero no quisiera terminar esta entrega sin llevar a usted, muy modestamente, dos breves escritos. El primero, recordando a un personaje inolvidable en mi vida, de quien aprendí mucho, y el segundo un cuento, El Final, que intenta retratar la soledad de la vida en la figura de un personaje que cavila sobre la existencia misma, sobre sí

mismo, para darse cuenta que en la vida no está él realmente solo, pues que posee recuerdos, especialmente de ella y que siempre ha tenido un espacio en el mundo, un lugar en la vida, personificado por su cama. Y así, trasciende.

## *Un personaje inolvidable*

***D***on Arturo vivía en León, nunca le gustó vivir en la capital, ni en ningun sitio que no fuera ese. Las demás ciudades las encontraba modernas, pretenciosas o lugares mezquinos y poco dignos. Era una persona de tradiciones, vivía en una casa antigua de color verde y de dos pisos. Desde la ventana del alto podía ver las calles de su ciudad y más arriba el conocido Parque de San Juan. Las altivas paredes de su casa albergaban dos o tres cuadros de sus antepasados, el mobiliario era antiguo, él mismo lo había comprado antes de contraer nupcias y no había cambiado de lugar ningún objeto desde que enviudó. Descollaba un precioso comedor italiano cuyo aparador era el que acaparaba las miradas de los pocos parientes y amigos que llegaban a la casa, era perfecto y de buen gusto. A un lado, estaba el tradicional lavamanos de la época, de madera con una plancha de marmol blanco donde se ponían los picheles de plata y otros accesorios necesarios para la limpieza de la cara, brazos y manos, que antes de las comidas era tradición hacer entre las personas bien nacidas (término muy usual en León). En el cuarto, una cama de hierro negro, su ropero-perchero y cuatro sillas de junco. En la sala el escritorio doble que al levantarle la tapa dejaba escapar una fragancia tenue, un olor a lápices mezclado con un pomo de goma dejado allí, abierto en el olvido... Después sus sillas de mimbre anchas, hermosas y los anaqueles de libros, arreglados por su peso, de abajo hacia arriba. En el anaquel inferior estaba la enciclopedia Británica y las obras completas de Victor Hugo; en un

extremo, ejemplares de revistas universitarias y un que otro periódico que en alguna época fueron noticias. Todo se encontraba siempre en orden. Don Arturo Baca Icaza aborrecía todo lo que participara del desorden mental o físico. Tenía pocos amigos y vivía su vida espiritual sin comunión con el prójimo, se le tildaba de liberal y ateo. No visitaba a nadie ni por Navidad y mucho menos acompañar el cortejo de algún conocido si morían. Solo concedía algunos deberes sociales en honor a la dignidad ancestral, pero no a las convenciones que rigen la vida común. Don Arturo tenía una cara hermosa; era hombre de constitución fina, su rostro ovalado de facciones decisivas denotaban inteligencia, los ojos azul cielo, con una mirada que si bien comenzaba con una nota de bondad, revelaba un temperamento de desafío y de gran sensibilidad. Sus ojos miraban al mundo por debajo de unas cejas leoninas, daban la impresión de ser un hombre siempre dispuesto a saludar el prójimo, un instinto redimible pero decepcionante a menudo. Vivía a cierta distancia de su cuerpo observando sus propios actos con mirada segura, caminaba erguido aunque pausado. Fue durante años un revolucionario, liberal y libre pensador, pero de actitudes muy conservadoras en relación a sus relaciones familiares y su propia privacidad.

## *El Final*

***U***n nuevo día para Don Abelino, un día de reflexión... Estaba solo en la habitación dándole vuelta a un sentimiento, pero ya no era nada, era igual a un cuadro sin marco. A esa hora la sensación de vacío se acentuaba, se hallaba en una etapa confusa, desagradable, en la evolución de su conciencia. Estaba acostado en su cama, bostezó de nuevo, se desesperezó y abrió totalmente los ojos. Se le vino a la mente la noche anterior. No quiso pensar en eso. Fijó su negra mirada en la foto que tenía enfrente. Se sonrió con la imagen de la bella mujer que

en el cuadro estaba. La observó de cerca y sus ojos se humedecieron recordando otros amaneceres en que juntos abrazados en la cama recibían el nuevo día. Eran jóvenes y fuertes, estaban llenos de amor y esperanza. Ahora ella no estaba y él, anoche, lo supo. Tenía pocos meses de vida. Al voltearse sobre la cama percibió el olor tan característico que ella emanaba. Se sonrió, era el mismo que con ella olía todas las mañanas. Ese olor era lo único que tenía de ella. Ahora esa cama era lo más importante para él. Cerró los ojos y prendió un cigarro. Eso es lo que lo estaba matando, según el médico. Pero no, era más bien el dolor de haberla perdido, el quedar sólo, era la angustiosa soledad en que su alma vivía, era su gemir por dentro y su sonrisa a flote.

No pasa nada, todo está bien, decían sus hijos...se ríe...está contento, repetían ellos. Pero ellos no podían verlo por dentro. Allí no había nada. Ahora te vas a morir, decía el médico. Estúpido, ya nada puede ver...Yo ya estoy muerto.

Abelino creía que el dolor era algo físico, pero él no sentía nada, estaba vacío. Primero ella y ahora esto, ya no tenía lágrimas que derramar, solo frío por dentro, sin sentimientos, ni corazón, únicamente su mente lo unía al mundo y ésta ya no quería pensar. Estaba atada a ella y a esa cama llena de recuerdos.

Sus hijos... ¡lo habían olvidado! ¡Que ironía! A quién le importa, la vida sigue... ¿Levantarme, para qué? Si ya todo terminó. Tuve lo mejor y lo peor, conocí el amor, ahora es tiempo de descansar, de morir, aqui en mi cama calladamente, sólo con mis recuerdos. Ya ella no estará sola, espérame... hazme espacio, estaré a tu lado, tomados de la mano, acompañandonos como si volviera a vivir.

Al fín y al final sólo hemos sido tú, yo y nuestra cama...